

Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos



Nota introductora de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción, 2019

La ciencia ficción se ha definido de muchas maneras, aunque parece existir un consenso en cuanto al carácter racional de sus temas y desarrollo. La creación del mundo ficticio que se describe y narra en el texto excluye todo aquello que, como la magia, no cabe en una concepción racionalista y científica del universo. La verosimilitud de ese mundo no se funda, pues, en creencias míticas o religiosas, sino en el ejercicio de la razón, cuyos frutos especulativos brotan del árbol del método científico, sin importar que tal árbol sea de la especie de las ciencias naturales o de las humanas o sociales. Sin embargo, el recurso a las ciencias no se traduce en una visión estrechamente realista y empírica del entorno cotidiano y referencial, como si correspondiera a la imagen de un espejo que se pasea a lo largo de un camino. La ciencia ficción es también ficción especulativa en la medida en que explora, racionalmente, las consecuencias posibles de la aplicación de la ciencia y la tecnología en un mundo fantástico, pero vinculado por analogía o extrapolación con la realidad cotidiana que nos sirve de referencia comparativa para construir lúdicamente, durante la lectura (o el visionado, en las artes cinético-visuales), el mundo imaginario de la ficción que construimos con nuestra mente. Los elementos puramente imaginarios del mundo ficcional no tienen plena autonomía; no construyen un mundo secundario maravilloso o mítico. Lo que aporta de novedoso el mundo ficcional respecto a nuestra experiencia de cada día es, en la ciencia ficción, la idea de que la ciencia y su producto práctico, la tecnología, pueden generar realidades hipotéticas que se actualizan virtualmente en el juego ficcional en forma de perspectivas de un por-

venir posible deducido racional o razonadamente de la existencia y consecuencias de una o varias novedades de orden científico, técnico o cósmico (incluidos los fines del planeta o el universo por causas naturales deducidas científicamente) que se presentan en acción en el mundo inventado. Esta novedad es lo que Darko Suvin denomina *novum*, término ya común entre los estudiosos de la modalidad ficciocientífica, aun entre aquellos que no aceptan otras teorías suvinianas en la materia. El *novum* es el elemento esencial de la ciencia ficción desde que esta fue adquiriendo su categoría de anticipación laica del futuro, siempre dentro de las fronteras de la ficción y ateniéndose a sus leyes.

Pero, ¿es ciencia ficción aquella que presenta un *novum* racional o razonado, y ese *novum* forma parte, además, de la enciclopedia de motivos temáticos de la ciencia ficción, pero cuyo *novum* resulta ser finalmente falso en el propio mundo ficcional¹, tras creer el lector (o el personaje o personajes principales) que era genuino a lo largo de la mayor parte de la lectura? No se trata de que este *novum* sea falso, porque su justificación dependa de cualquier seudociencia, tal como la parapsicología o la paleoastronáutica. Tampoco es necesario que el *novum* sea científicamente impecable, porque su función principal es la de

¹ La anticiencia ficción se distingue así de las numerosas ficciones en las que el mundo especulativo determinado por el *novum* resulta haberse desarrollado en un sueño, lo que anula todo el mundo ficticio presentado, y no solo su *novum*. El mundo ficticio generado en el sueño tiene plena validez y autonomía en sí mismo y el despertar únicamente señala el carácter onírico de lo descrito o narrado. En cambio, veremos que, en la anticiencia ficción, solo hay un mundo ficticio y es en su propio interior donde se anula el *novum*.



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

dotar al texto de aparente verosimilitud racional en el grado suficiente para sostener el pacto de lectura fictocientífica. La falsedad del *novum* no suele negar el carácter científico de su justificación, sino que señala más bien el peligro epistemológico que siempre nos acecha al afrontar nuestro entorno con las herramientas de la ciencia, porque estas no garantizan que adoptemos la perspectiva correcta, ni tampoco son siempre eficaces a la hora de refutar enraizadas creencias irracionales. Estos algunos de los riesgos que se subrayan mediante este tipo de ciencia ficción con *seudonovum* que podríamos denominar *anticiencia ficción*, por quedar anulado en ellas el carácter fantástico de la ciencia ficción, reafirmandose a la inversa su carácter *realista*, de ficción que se pretende ser reflejo mimético de nuestro mundo, pasado o presente. De esta manera, la apariencia de ciencia ficción que fomenta el supuesto *novum* desemboca en su contrario, aunque no necesariamente en una concepción anticientífica del universo y del lugar y el papel en él de la humanidad.

La anticiencia ficción así caracterizada tuvo su época de auge a raíz de la crisis de la cosmovisión positivista, que había reafirmado la primacía de la ciencia y la tecnología en la civilización moderna, una primacía que justificaba todo tipo de actuaciones para amaestrar el mundo natural y, a la vez, para ampliar el conocimiento de su materialidad desde sus orígenes. A finales del siglo XIX, esta cosmovisión, convertida por algunos en ideología, entró relativamente en crisis, al menos entre los escritores, quienes sometieron el cientifismo a un cuestionamiento irónico, por ejemplo, mediante ficciones que acababan negando la realidad misma del *novum*, ya entonces generador de la ficción científica temprana (*roman scientifique*, *scientific romance*, etc.). Dos ejemplos reeditados posteriormente pueden permitir hacerse una idea del funcionamiento de la anticiencia ficción a este respecto. En *Sans dessus dessous* [*Sin arriba ni abajo*] (1889), Jules Verne (1828-

1905) presenta el proyecto de un club artillero estadounidense de aprovechar los cálculos del matemático protagonista para construir un cañón cuyo disparo fuera lo bastante potente como para enderezar el eje de la Tierra, cayera quien cayera. Afortunadamente, la fuerza de retroceso del cañón es muy inferior a la necesaria, porque los cálculos del matemático habían sido erróneos, lo que no se descubre hasta el final, tras el disparo. Así quedan ridiculizadas las pretensiones de dominio imperialista de los dueños de la tecnología y los capitales, al tiempo que se reconoce la dimensión trágica para millones de personas de la empresa acometida, sobre todo si se hubiera consumado según lo previsto. En una dimensión más privada, también es trágica (o trágico-cómica) la historia de «El pitecántropo», novela corta de Silvio Kossti (seudónimo de Manuel Bescós Almudévar, 1866-1928) publicada en *Las tardes del sanatorio* (1909). Un viejo científico alemán se trae de Cuba a España a su joven esposa y a su criado afroamericano. Una vez en la Península, descubrimos el propósito real de la boda. Se trata de aparear a su criolla con un orangután para generar experimentalmente el «eslabón perdido». Como otros escritores genialmente extravagantes de su tiempo, como el tercer marqués de Valero de Urría, Kossti sobrepasa la línea del escándalo al dejar que el marido imponga a su esposa tal apareamiento bestialista y que la asustada joven se quede embarazada de lo que ella cree un monstruo. Todo el mundo en el cuento, y por ende también los lectores, da crédito a la fecundación y espera con impaciencia conocer a la criatura, que resulta ser el vástago de una unión entre razas y no entre especies. El bebé mulato es prueba fehaciente del merecido fracaso científico y personal del marido, cuyo sacrificio en aras de la ciencia acaba siendo un banal drama de adulterio, tema comunísimo en la ficción realista de la época. La ciencia ficción se derrumba a la vez que el *novum* científico y el Positivismo que lo había inspirado.



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

Frente a estos cuestionamientos irónicos del científico-héroe del Positivismo, que se prolongan hasta bien entrado el siglo XX², un par de ejemplos de anticiencia ficción decimonónica atacan no tanto las pretensiones de la ciencia como la trágica insuficiencia del presunto científico que aspira a disfrutar del prestigio y el renombre de los grandes científicos-estrella de entonces, pero cuya ambición fracasa por la fragilidad de sus conocimientos o por la obcecación causada por su afán desmedido y egoísta de gloria. Así ocurre, por ejemplo, en el relato de Pompeo Bettini (1862-1896) titulado «Nettunia» [*Neptunia*]³ (1894). Este figura en varias antologías del cuento italiano decimonónico, lo que indica su categoría de clásico moderno. La narración, muy fluida y con una ironía que nunca cae en excesos burlescos, se ejerce en la persona del científico-filósofo alemán protagonista, cuyas teorías estrambóticas sobre el movimiento amoroso de las galaxias pueden tomarse como una muestra entre patética y burlesca de las tendencias de la filosofía idealista alemana consistentes en la interpretación de la naturaleza mediante la Metafísica, en lugar de hacerlo mediante la Física, tal como promovía un Positivismo que, de este modo, resulta rehabilitado en cierta medida en este cuento. Por otra parte, el científico ironizado también aparece dotado de espesor humano e, incluso, de cierta aura de heroísmo, especialmente como contraste con la apatía que parece predominar en su medio, entre la población de

Pisa, ciudad a la que se había mudado. Hasta el científico local y, a todas luces, también sabio oficial de la ciudad, da claras muestras de compartir el carácter apático de sus conciudadanos, pues se declara convencido de que Pisa es tan aburrida y vulgar que en ella no podía ocurrir nada, y mucho menos el fin del mundo. En cambio, el filósofo natural teutón se nos presenta como una persona llena de entusiasmo y dedicación a la ciencia, aunque pronto se nos revele que su descubrimiento de Neptunia se debe sobre todo a la frustración de su vanidad ante el escaso éxito de sus teorías. El objeto celeste apocalíptico es la pantalla en la que proyecta sus propios temores y, a la vez, sus ocultos deseos destructivos, lo que corresponde a una íntima contradicción entre su piedad hacia el mundo y el prójimo y su secreta vanidad de ser la única persona que cree estar al tanto de la catástrofe que se avecina. Al menos hasta que un paseo le revela la verdad de su insignificancia personal y científica, cuando el temido cometa resulta ser una serie de farolillos venecianos de unos chicos. Con todo, su fracaso no es solo personal: su equivocación se debió a creer en lo extraordinario cósmico, cuando la realidad es prosaica y vulgar. Ni la religión ni la ciencia mueven al entusiasmo; solo lo hace el sensacionalismo de espectáculos morbosos y trágicos como un incendio. La Pisa de Bettini es una ciudad en la que el desinterés general es indicio de una superficialidad intelectual y anímica que contrasta con la figura compleja y contradictoria del protagonista, de modo que a la ironía aplicada a este como científico y como persona se combina con una crítica implícita al adocenamiento popular, frente al cual la ciencia aparece como una actividad que solo puede cosechar la indiferencia pública. Bettini combina magistralmente las perspectivas subjetiva (los sentimientos del protagonista) y objetiva (su medio, tanto humano como natural, incluso cósmico), haciéndolo además de forma narrativamente muy bien dosificada.

² Por ejemplo, en el relato de escritura vanguardista titulado «Apocalipsis o el amigo del hombre» (1923), su autor, Corpus Barga (Andrés García de la Barga, 1887-1975), presenta un astrónomo que cree en un desarreglo catastrófico del curso de los astros, pero tal convicción no es sino el fruto de una alucinación alegórica de un paralelo desarreglo moral del mundo, pero que pronto resulta ser simplemente la triste realidad cotidiana que rodea al personaje, engañado abiertamente por su esposa.

³ La traducción que sigue se basa en el texto siguiente: «Nettunia», Pompeo Bettini, *Poesie e prose*, a cura di Ferruccio Ulivi, Bologna, Cappelli Editore, 1970, pp. 339-346.



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

El tono melancólico del falso apocalipsis imaginado por Bettini contrasta con la comicidad cruel e hiperbólica que predomina en el cuento rumano de Alexandru Macedonski (1854-1920) titulado «Cometa lui Odorescu» [*El cometa de Odorescu*⁴] (1896), publicado en el volumen *Cartea de aur* [El libro de oro] (1902). La sátira no deja ahí títere con cabeza en su burla de la pedantería intelectual, encarnada ahí en un joven estudiante que quiere triunfar a toda costa, primero como poeta, y luego como astrónomo, a fin de conseguir la gloria de que un astro lleve su nombre. El supuesto avistamiento de un cometa que, según él, va a precipitarse sobre la Tierra con consecuencias catastróficas, le da pie para desencadenar un proceso de sugestión colectiva que, en primer lugar, lo salva de la cólera de su tía, y luego lo convierte en un héroe popular después de que el observatorio oficial de la capital rumana haya declarado existente el cometa por fin llamado con el nombre del muchacho ambicioso, el Odorescu del título. La gente responde a la noticia del cometa con más curiosidad que temor, como si fuera simplemente el pretexto para un espectáculo público. Pero como el cometa no terminaba de caer, la gloria de Odorescu fue efímera y, ya olvidado él por las masas, la revelación de que el cometa no era sino una cometa con farolillos solo lo frustra a él. No parece que el fiasco vaya a afectar ni siquiera al observatorio, más seguidor de las modas públicas que de la ciencia, ni tampoco a nadie de la capital, cuya vida superficial y frívola seguirá su curso. Macedonski nos presenta una ciudad moderna tan ignorante o más que un pueblo tradicional, una ciudad en la que las modas han sustituido a las creencias tradicionales sin ventaja aparente alguna para la inteligencia

del común. La ciencia, antes ignorada, es ahora sobre todo un camino para obtener una fama que, en la urbe moderna cuyos habitantes parecen entregados a una búsqueda constante de sensaciones nuevas, solo puede ser efímera. Ni la indiferencia pisana, ni el pasajero entusiasmo bucarestino sugieren que la ciencia haya echado raíces en esa sociedad, que ya es la actual sociedad del espectáculo, cuyos héroes son quienes entretienen y la ciencia y los científicos solo parecen tener valor en la medida en que contribuyan a sobre llevar el aburrimiento generalizado. La ampliación del conocimiento no es lo que parece entusiasmar a las masas modernas, por mucho que hayan superado la mera credulidad más o menos supersticiosa de poblaciones que todavía vivían mental y socialmente en el estadio teológico comtiano en el seno de comunidades tradicionales sustancialmente inalteradas desde el Neolítico. Estas poblaciones sí prestaban crédito a los signos del fin de los tiempos, pero lo hacían de una manera profundamente irracional y acientífica que otros autores del período se esforzaron por reflejar con una ironía compatible a veces con una emocionada empatía, en el marco de la anticiencia ficción de tipo pseudoapocalíptico.

En general, lo que predomina en esta modalidad es el contraste entre la realidad finalmente vulgar y la creencia errada, personal o colectiva, en un apocalipsis cósmico, sobre todo la caída omnidestructiva de un cometa u otro cuerpo celeste sobre la Tierra. Esta creencia y sus efectos responden a los terrores recurrentes e infundados ante un temido fin del mundo próximo heredados de la tradición religiosa cristiana. Esta se había laicizado de manera superficial mediante la sustitución del temor a los ángeles y demonios de la sacra alucinación escrita por Juan en el *Nuevo Testamento* por el añejo temor a los cometas, puesto al día por la prensa sensacionalista inspirada en la imaginación enfebrecida de científicos divulgadores tardorrománticos como Camille Flammarion. Pese

⁴ La traducción que sigue se basa en el texto siguiente: Alexandru Macedonski, «Cometa lui Odorescu», *Opere, I. Versuri. Proză în limbă română*, ediție alcătuită de Mircea Coloșenco, introducere de Eugen Simion, București, Editura Fundației Naționale pentru Știință și Artă – Univers Enciclopedic, 2004, pp. 1229-1233.

Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

a que llevaban milenios apareciendo en el firmamento de la Tierra, el miedo que seguían suscitando entre los supersticiosos aseguraba la verosimilitud de las histerias colectivas narradas en novelas como *La cometa* [El cometa] (1951), larga novela de Riccardo Bacchelli (1891-1985), que no es sino la historia medio picaresca de un estafador que suscita el terror apocalíptico ante ese cuerpo celeste en una imaginaria ciudad provinciana de Italia, lo que da pie al autor a describir con técnicas realisto-costumbristas las muy humanas reacciones de la gente ante la catástrofe, que no se produce finalmente, como era de esperar. En la comedia rumana de Victor Eftimiu (1889-1972) titulada *Sfârșitul Pământului* [El fin del mundo] (publicada en 1922 y, en su versión definitiva, en 1947) y en el cuento «L'Arca de Noé, S.A.» [El Arca de Noé, S.A.] (*Histories i fantasies* [Historias y fantasías], 1924), de Ernest Martínez Ferrando, las víctimas del engaño son, respectivamente, un rico avaro que se torna generoso ante la perspectiva de las postrimerías colectivas, y una señora provinciana que encuentra un sentido a su vida pequeñoburguesa melancólicamente frustrada con la perspectiva de salvación en una futura arca de Noé a la que contribuye económicamente. En todos estos ejemplos, las personas engañadas lo son debido a siglos de condicionamiento cultural en la creencia del apocalipsis.

Este condicionamiento colectivo y su trágica manifestación ante el presunto fin del mundo constituyen los temas centrales de dos narraciones bastante parecidas en cuanto a su tratamiento narratológico. Ambas se presentan como textos de aspecto autobiográfico en los que los narradores rememoran sendos episodios de su infancia o adolescencia. En la narración en catalán «La fi del món a Girona» [*El fin del mundo en Girona*⁵], del volumen

La parada [La parada] (1919), Joaquim Ruyra (1858-1939) cuenta con todo lujo de detalles las impresiones vividas con ocasión de una aurora boreal vista en su ciudad, Gerona, en la época en que la guerra francoprusiana, como todas las grandes guerras, había reactualizado la imaginación apocalíptica. Pese a que un científico de la ciudad lo tranquiliza a él y a su familia diciéndoles que se trata de un fenómeno raro en esa latitud, pero común cerca de los polos terrestres y en ningún caso peligroso, el muchacho, muy creyente, no es inmune a la atmósfera de fin del mundo en que se debate la población, cuyos temores canaliza la Iglesia católica local. Esta aprovecha el terror colectivo, subrayado por la presencia ominosa de unos dementes, para estimular la fe y la devoción pública, con procesiones penitenciales presididas por el señor obispo desde lo alto de la monumental escalinata de la catedral gerundense. El miedo colectivo y el individual del joven sensible e impresionable culminan muy expresivamente en la fusión de la procesión con la visión alucinada del derrumbe de la ciudad, mientras el pueblo canta entusiasta su próximo ascenso al cielo católico entre los escogidos. El inmediato despertar del protagonista introduce la duda de si todo ello, incluida la procesión, no habría sido más que un sueño. Esto no impide al narrador proceder a una paradójica interpretación del falso apocalipsis. En vez de denunciar el oscurantismo científico promovido meridianoamente por el clero en este episodio, la amenaza del apocalipsis se rescata como un símbolo de nuestro destino moral ineludible, porque el fin de la persona en la muerte es, para ella, sin duda el fin del mundo. Así se reafirma la validez de la fe, como solución tradicional que mitiga el terror sublime al apocalipsis tanto personal como colectivo, al tiempo que se elude cualquier consideración de la manipulación pública por la Iglesia de unos temores que la ciencia había declarado expresamente infundados en la propia narración, desde la misma aparición del fenómeno

⁵ La traducción que sigue se basa en el texto siguiente: Joaquim Ruyra, «La fi del món a Girona», *Obres completes*, prólogo de Manuel de Montoliu, recopilación y notas de Josep Miracle, Barcelona, Selecta, 1964, pp. 343-356.



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

extraordinario en Gerona. La narración de Ruyra sugiere que la conciencia apocalíptica responde a una angustia existencial por nuestro sino mortal que la fe ayuda a paliar e, incluso, a convertir en la exaltación contraria en torno a la esperanza de una vida eterna. Este sentimiento, y los demás del joven, quedan consignados en el relato de forma muy expresiva y humanamente creíble, a lo que contribuye la propia vivacidad poética del estilo del autor, cuya sensibilidad moral hace que el engaño carezca de dimensión irónica. El apocalipsis, aunque sea falso, responde a una realidad psicológica que Ruyra describe con aguda sensibilidad.

En cambio, la ironía hacia sí mismo y hacia el pueblo crédulo predomina en «La glina zanistrada» [*La Luna trastornada*⁶], un relato de Gian Fontana (1897-1935) publicado póstumamente en sus *Ovras* [Obras] (1943). Aunque el autor era pastor protestante en un pueblo de la comarca principal de lengua romanche, Surselva, su obra narrativa se caracteriza por una crítica de la mentalidad campesina tradicional y de su resistencia a la modernidad y, en general, a abrirse al mundo. Si en su obra maestra, «Il president da Valdei» [El alcalde de Valdei] (1935), había presentado el carácter destructivo de la endogámica xenofobia rural, en «La glina zanistrada» se cuestiona la crueldad y la superstición de un villorrio tan aislado que sirve de metáfora de un fin del mundo geográfico. El chico que llega allí con su padre es testigo del terror religioso que suscita la visión de lo que creen ser la caída de una segunda Luna sobre sus montañas, espectáculo que también desconcierta a los visitantes, hasta que se revela que ese segundo satélite cósmico no era sino el globo de unos esforzados exploradores de la Suiza moderna que sobrevuelan ese reducto

arcaico, en el que se seguía creyendo que todo aparato volador o simplemente extraordinario tenía que ser diabólico. Sin embargo, Fontana no carga las tintas en su crítica a la ignorancia pueblerina. Una segunda visita del narrador, transcurridos veinte años, muestra que la villa ha evolucionado, habiéndose incorporado a la modernidad económica y científica, y recuerda su propio pasado supersticioso con humor. La placa de homenaje a los aeronautas sirve de signo de esa modernización abrazada por el pueblo. Así se sugiere que las mentalidades pueden cambiar, lo que contrasta con la perspectiva intemporal, *sub specie aeternitatis*, adoptada por Ruyra. Pero este es, en el fondo, un poeta en prosa atento a las (supuestas) esencias humanas, mientras que Fontana es un narrador preocupado sobre todo por los mecanismos sociales en su región de origen, que consigue plasmar mediante una prosa ágil y gráfica de estética tempranamente neorrealista, una prosa no reñida con cierto temblor lírico muy propio de la perspectiva memorialística adoptada. Aunque este relato suyo pseudoapocalíptico sea una obra relativamente menor dentro de su producción, ilustra bien su actitud y su estilo.

Pese a sus diferencias evidentes, estos cuatro relatos y otros como «Demain, la fin du monde» [Mañana, el fin del mundo] (1933), de Paul Brach (1893-1939) y «Fortuna delle profezie» [Fortuna de las profecías] (1936), de Corrado Alvaro (1895-1956), no solo coinciden por su tema y esquema argumental⁷. En to-

⁶ La traducción que sigue, tal vez la primera que se ha hecho nunca directamente al castellano de un texto en prosa romanche (surselvano), en se basa en el texto siguiente: Gian Fontana, «La glina zanistrada», *Affonza*, Cuera, Ediziun dalla Uniun Romontscha Renana, 1971, pp. 194-108.

⁷ La novela corta francesa, escrita por uno de los mejores amigos de Marcel Proust, se presenta sobre todo como un relato psicológico, de asunto sobre todo sentimental y preñado de reflexiones mundanas, centrado en las reacciones, sobre todo del pintor protagonista, ante el anuncio de que el mundo se acabaría en una fecha determinada hecho por un astrónomo aficionado alemán a la comunidad de ociosos internacionales que mata su aburrimiento en Venecia; la perspectiva del fin no altera demasiado la vida de estos turistas internacionales adinerados y hedonistas, los cuales celebran su última noche hasta esta pasa y se dan cuenta de que el unverso tampoco había hecho caso esta vez de los agoreros, entre la indiferencia casi general (tan solo una pareja había decidido adelantarse al plazo suici-



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

dos ellos es fundamental la combinación de la observación de los efectos colectivos de un *novum*, aunque este sea erróneo o falso, y de la construcción psicológica de un personaje central, independientemente de la perspectiva burlesca o empática adoptada en cada caso. Si lo primero es común en la ciencia ficción, que hereda y engloba la ficción utópica al hacer hincapié en la especulación social derivada del cambio científico y tecnológico, lo segundo ha sido tradicionalmente un rasgo fundamental en la novela llamada *realista*, en la que los destinos individuales parecen prioritarios, sean o no representativos de una sociedad concreta. De esta forma, la anticiencia ficción explota las potencialidades estéticas y filosóficas de ambos planteamientos, superándolos dialécticamente. En efecto, si la negación última del *novum* anula la dimensión fictocientífica y parece reafirmar la *realista*, que ya se anunciaba como fundamental al ambientarse la acción siempre en el presente o en un pasado próximo en vez de en un futuro especulado, la existencia virtual de ese *novum* señala que lo especulativo forma parte también de la realidad y que, por lo tanto, tiene cabida también en esa ficción realista hasta ahora predominante en el canon literario oficial, que sigue excluyendo más de la cuenta a la ficción especulativa. Aunque el fin del mundo acabe siendo una fantasía o una alucinación y sirva sobre todo para reflejar determinadas actitudes sociales y personales, los escritores de anticiencia ficción apocalíptica lo presentan de tal manera que su verosimilitud queda paradójicamente subrayada y la sonrisa que merece en última instancia el espectáculo grotesco de los efectos de un error

dándose). En el cuento italiano, un científico prestigioso anuncia y demuestra la ineluctabilidad del cercano fin del mundo; Alvaro describe las reacciones de la gente hasta que el mismo científico, en vez de reconocer su error, matiza sus afirmaciones diciendo que el fin del mundo no iba a llegar, porque ya había empezado, aunque estuviera pendiente su consumación catastrófica, lo que tranquiliza a todos al situar tal fin en la misma perspectiva temporal anterior de plazo desconocido.

no borra la impresión, trágicamente sublime, suscitada por la cercanía entrevista del final definitivo. La anticiencia ficción nos deja un sabor de boca agridulce, y ese es quizá uno de los grandes logros de esta curiosa modalidad ficcional híbrida que hasta ahora parece haber pasado inadvertida para los estudiosos de la ciencia ficción y de la literatura de la era (post)positivista, pese a la pertenencia al canon literario de prácticamente todos sus cultivadores arriba mencionados.

Bibliografía selecta sobre las obras citadas

- Bolós, Carlos de (1958). «“La fi del món a Girona”, estampa ochocentista», *Revista de Girona*, 5: 19-23.
- Coello, Óscar (2006). «*Pasión y muerte y Apocalipsis* de Corpus Barga», *Escritura y Pensamiento*, IX.19: 161- 170 (sobre «Apocalipsis o el amigo del hombre»: 167-168).
- Julià, Lluïsa (2017). «La fi del món a Girona», Joaquim Ruyra, *La fi del món a Girona*. Girona: Ajuntament de Girona – Generalitat de Catalunya, 5-11.
- Lévêque, Laure (2015), «De *Sans dessus dessous* à *L'éternel Adam*, *Le meilleur des mondes* de Jules Verne», *AIC*, 15.1: 59-68.
- Pozo García, Alba del (2013). «Histéricas y científicos locos: *Las tardes del sanatorio* (1909) de Silvio Kossti», *Género y enfermedad en la literatura española del fin de siglo XIX-XX*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 101-113 (sobre «El *pithecanthropos*»: 103-108).
- Ramoneda, Arturo (1987). «Introducción», Corpus Barga, *Apocalipsis; Pasión y muerte; Hechizo de la triste marquesa; Cuentos*. Madrid: Júcar, 1987, IX-LXIV (sobre «Apocalipsis o el amigo del hombre»: LVI-LVII).
- Saccetti, Mario (2000). *Bacchelli: Memoria e invenzione*. Firenze: Le Lettere (sobre *La cometa*: 241-245).

Pompeo Bettini

Neptunia

Traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la traducción, 2019

El joven profesor Hermann Brille, de Stuttgart, contrariado por la falta de éxito de su obra sobre la *Fecundación cósmica*, publicada en dos volúmenes con tablas cromotipográficas, empaquetó su telescopio desmontable, sus libros, su espectroscopio de análisis normal, y se marchó a Italia.

La transparencia del cielo meridional debía de permitirle hacer un descubrimiento decisivo en la nebulosa de Orión, donde ya había recogido los datos más fehacientes para su teoría.

Una bonita mañana de verano se apeó en la estación de Pisa y, tras haber controlado la caja de instrumentos, se puso a buscar enseguida la habitación más alta de la ciudad. Le ofrecieron un cuarto en una azotea que siempre había quedado desalquilada, en una calle donde habría podido instalarse sin temor una fábrica de máquinas de división, hasta tal punto eran escasos los viandantes y solemnes los pasos de los coches de punto. No podía haber lugar más tranquilo para un astrónomo, y el alemán se instaló allí satisfecho, y más teniendo en cuenta las telarañas que allá arriba le proporcionarían sus hilos para el cuadrículado del telescopio.

Pasada una semana, el buen Hermann estaba en condiciones de hacer las primeras observaciones: su mirada se extendía desde el faro de Livorno hasta las colinas de Lucca; tan solo del lado de la catedral y la torre inclinada ocultaba el horizonte una fila de casas. Los días del astrónomo transcurrían tranquilos y satisfechos en la medida en que se lo permitía al menos el recuerdo de su obra, que había quedado sin vender en el almacén del editor. A falta de fenómenos nuevos en la nebulosa, comprobaba la exactitud de los ya observados, entre los cuales tenía suma importancia el movimiento de una espi-

ral androsideral hacia una zona ginoetérea, cuyo efecto sería sin duda, en el momento del contacto, la fecundación de un sistema unisolar y quizá plurisolar.

Los paseos de Hermann por la ciudad eran escasos y breves: iba a pasar el rato a la catedral para completar una monografía sobre la lámpara de Galileo o subía a la torre inclinada para determinar el lugar exacto en el que el gran astrónomo había hecho el experimento con la caída de los graves.

Sin embargo, su principal estudio seguía siendo la nebulosa.

El 24 de agosto pudo determinar con medidas exactas que la punta androsideral había recorrido hacia la región ginoetérea la distancia de un milisegundo desde la fecha de su primera observación, diez años antes, lo que hacía posible un contacto en menos de catorce siglos. A esa velocidad bastante considerable, podrían verificar su teoría los astrónomos del siglo XXXIII. No obstante, Hermann, junto a la alegría de tener esa prueba tan fehaciente, sintió cierta tristeza pensando ante la duda de si no viviría el tiempo suficiente para asistir a su propio triunfo.

También pensó en la inmensa dificultad de hacer nuevos descubrimientos astronómicos, ya que cada estrella ocupa su lugar en los catálogos y todos los fenómenos están previstos, incluso el retorno de los cometas más telescopícos.

Inmerso en tales reflexiones, el buen alemán fumaba su pipa junto a la ventana y buscaba ávidamente con la mirada un objeto, cualquiera que fuese, que le brindase, como la lámpara de Galileo o la manzana de Newton, la oportunidad de descubrir una ley completamente inédita. Vio un gato caminando sobre los tejados, pero no le pareció digno de estudio; vio una chimenea humeando, pero su



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

pipa despedía más humo, y volvió a posar la mirada pensativa en el hornillo de la pipa.

Sin embargo, habría podido divisar, en la casa de enfrente, una muchacha asomándose a la ventana y, podríamos añadir, que lo hacía para que él la mirase, ya que no se veía a ningún otro hombre, aparte de Hermann, a esa hora en esos parajes desiertos. La chica se aburría de que ese señor se estuviera ahí, fumando, sin dignarse dedicarle una mirada; abrió y cerró dos veces los cristales y se asomó mejor, se ajustó un ramillete en el seno, tosió ligeramente y, cuando le pareció que el distraído había notado su presencia, echó una sonrisilla que habría serenado a un chalán de bueyes y civilizado a una horda de abisinios. Pero Hermann pensaba en las desilusiones de la astronomía y su rostro, normalmente afable y bonachón, estaba en ese momento contraído y ensombrecido.

La muchacha se retiró, sin ocultar su disgusto.

Poco a poco cayeron las sombras del anochecer, algunas nubes adoptaron formas fantásticas en el cielo, y el joven astrónomo no había salido aún de su profunda meditación. Decididamente, la ciencia era un campo ya cosechado y espigado; no quedaba ya nada por hacer.

Con todo, el autor de *Fecundación cósmica* se sentía en uno de esos momentos psicológicos en que el hombre ventea el gran descubrimiento. Fuera en su cerebro, fuera en el cielo, algo insólito estaba ocurriendo. Lanzó una larga mirada a las estrellas que empezaban a rutillar, buscó con la vista en la sombra creciente y ya la desesperación estaba a punto de embarcarlo cuando una emoción violenta le arrancó un grito. Detrás de la línea de las casas que ocultaba el horizonte, una estrella singularísima, sin registrar en catálogo alguno, rojiza y tenue, pero de primera magnitud, surcaba el cielo con un movimiento irregular.

Demasiado lenta como para ser un aerolito, demasiado rápida como para ser un cometa, describía una baja curva en el horizonte.

Hermann Brille, de Stuttgart, aún no se había recuperado del estupor cuando la estrella empezaba a declinar: apenas tuvo tiempo de apuntar el telescopio, y ya había desaparecido por detrás de las casas. El cielo volvió a mostrarse normalísimo y tampoco sucedió otra cosa digna de nota, pero una alegría inmensa dilató el pecho del astrónomo. Recordó la famosa estrella de Tycho Brahe y pensó con orgullo que esta era mucho más singular.

Pasó la noche entera calculando su órbita, que debía proyectarse en el hemisferio austral, dado que los límites de su curva visible en el horizonte estaban marcados por la torre inclinada y las murallas de la ciudad. Calculó para el nuevo astro una velocidad superior a la de cualquier cometa conocido y una trayectoria elíptica en torno a un cuerpo de nuestro sistema, pero no el sol sino, con bastante probabilidad, Neptuno, un hecho inaudito que revolucionaría todos los observatorios del mundo. Y ya pensaba en llamar Neptunia al cometa-satélite que se le había aparecido en el cielo de Pisa.

Al día siguiente pidió en el café todos los periódicos para leer el parte meteorológico. No había alusión alguna al nuevo astro. Después de comer corrió a casa y se apostó en la ventana con el telescopio apuntado al lugar oportuno, esto es, a una franja de cielo entre dos chimeneas de la casa de enfrente. La muchacha del día anterior hizo una breve aparición, pero todas las mozelas debían retirarse ante Neptunia. Ella se retiró, de hecho, suspirando.

Poco después de ponerse el sol, pero todavía en el crepúsculo, Neptunia se alzó e inició su extraña trayectoria. Resultaba difícil seguirla con el telescopio, pero Hermann acertó a anotar a tiempo que describía una órbita ondulante y como vortiginosa. El astro estaba constituido de una esfera central luminosa y de una especie de fotosfera diáfana. Incluso le pareció al observador que arrastraba una cola enorme opaca y ondulante. Era como para aterrar al más impávido y, de hecho, Her-



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

mann se apoyó en el alféizar con el corazón palpitante ante la idea de una probable colisión con la Tierra.

Transcurridos menos de dos minutos, sin haber provocado ningún desastre, Neptunia desapareció.

Pero no estaba conjurado el peligro, y el alemán no pudo dormir en toda la noche. Las cifras se alineaban en el cuaderno, el trazo de la órbita adquiría proporciones monstruosas, los cálculos de la velocidad arrojaban unos resultados que ponían los pelos de punta: era más que segura la catástrofe del sistema solar.

Aunque el temperamento sereno y reflexivo de Hermann Brille lo inducía a no comunicar sus descubrimientos sin mediar antes una profunda consideración, a la mañana siguiente ya estaba enviando cuatro telegramas a los principales observatorios de Europa. Es más, hondamente turbado por la desastrosa certeza del fin próximo de nuestro sistema solar, fue a buscar al profesor Bartoli, su única persona conocida en Pisa, ya que le había llevado una carta de presentación.

El profesor Bartoli, docente de matemáticas superiores en la universidad pisana, era un vejete a quien le gustaba bastante más extraer corchos que raíces cuadradas. Escuchó muy serio los informes de su joven colega, luego meneó la cabeza y concluyó:

—Si hubiese descubierto Neptunia en un lugar que no fuera Pisa, tal vez estaría dispuesto a creerle. Pero ¿cómo quiere que aquí donde nunca pasa nada nuevo aparezca un cometa tan terrible?

Hermann quedó desconcertado.

—Pues lo verá esta noche —dijo a continuación con energía.

—Esperemos que sea desde la mesa del café.

El alemán sintió un sincero desprecio hacia ese hombre que nada había aprendido de las matemáticas, pero la idea de que estaría muerto al día siguiente, igual que todos los seres orgánicos del planeta, temperó su re-

sentimiento. Examinó con una compasión nueva en él a los cocheros que hacían trotar a sus caballos desde la estación al cementerio, a los viajeros, a los pasajeros, los vendedores, los artesanos, y los dos pequeños cerilleros del puente del Arno; todos ellos volverían en breve a la vida atómica. Y pensó también en sus conciudadanos de Stuttgart, en su anciano padre y en la rubia Gertrude. Inmerso en tan tristes meditaciones, el buen alemán ni siquiera desayunó; se retiró a casa, se quitó las botas y lloró.

Llegó el fin también de ese día. El deber le dictaba no alejarse del telescopio en el momento postrero, para confiar a un papel la memoria de la última hora terrestre.

Se puso el sol en un cielo transparente y, entre las campanadas de las iglesias, se hizo de noche. Neptunia no podía tardar en aparecer, pero pasó un cuarto de hora, pasó media hora, y nada se asomaba en el horizonte. Quizá el peligroso satélite neptuniano había sufrido una desviación; su órbita se había dilatado y, en ese momento, se precipitaba a una velocidad incalculable hacia la Tierra.

No; el extraño astro salió, como la noche anterior, de detrás de las casas cercanas a la torre inclinada, subió oblicuamente y, muy bajo, a ras de los tejados, desapareció a los dos minutos.

¿Qué pensar? ¿Qué perturbación retrasaba su curso? De todos modos, el peligro de un choque planetario no estaba descartado, ni mucho menos. Esa noche, Hermann no se entregó a sus cálculos; se enjugó la frente brillante y salió de casa. ¿Debía anunciar a la población, tan poco docta y tan poco nutrida de filosofía, su espantoso descubrimiento? Se habrían alborotado las calles y un terror loco se habría propagado como un contagio. Mientras reflexionaba así, caminaba con la cabeza baja por las calles oscuras y solitarias cuando un rumor llamó su atención y observó un claror difuso, pero intenso.

¿Qué había pasado? Corrió, dobló la esquina, vio una multitud que llenaba la calle,



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

sinistramente iluminada por un resplandor de fuego. ¿Acaso la masa incandescente de la Tierra irrumpía a través de la corteza al chocar Neptunia? No, eran los dos últimos pisos de un edificio que ardían. Las vigas en llamas caían del tejado haciendo que la muchedumbre, que no parecía asustada, se apartase. Al contrario, casi todos charlaban animadamente. Hermann se lanzó a prestar ayuda, pero a su primer codazo lo detuvo el camarero de un hotel, que estaba allí en corbata y frac con la servilleta bajo el brazo.

—Cálmese, ¿no ve que ya han llegado los bomberos?

—Ahora alcanza la quinta ventana —dijo un vecino, con las manos en los bolsillos.

Hermann volvió a lanzarse.

—Quédese atrás, señor —le dijo cortésmente el camarero— o le caerán esos tizones sobre la cabeza.

Y, casi a modo de comentario, una vigueta se precipitó a la calle entre una nube de chispas, sobre el grupo de bomberos que maniobraban.

Se oyó un grito, hubo algo de trasiego: una muchacha se puso a llorar y a agitarse.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué llora esa chica? —preguntó el joven astrónomo con la sangre revuelta.

—Llora porque su novio es bombero —respondió el vecino.

—¿Y está herido de gravedad?

—Parece que sí, pero es duro de roer y se curará.

El incendio daba muestras de remitir bajo los chorros de las bombas; las conversaciones se reanudaron.

Hermann había creído hasta entonces que el pueblo alemán era el más tranquilo y filosófico del mundo. En cambio, en una ciudad italiana, donde el temible espectáculo de un incendio debía sembrar el espanto en los ánimos, la multitud estaba tan tranquila, hablando de unas cosas y otras. Un bombero herido, acaso moribundo, no impresionaba a nadie.

Sin darse cuenta, ese escepticismo lo hirió en lo más vivo. Pensando en su cometa, le pareció casi que había perdido importancia.

—Entonces —dijo—, la noticia del impacto de Neptunia se recibiría aquí con indiferencia.

Con todo, se fue a la cama más tranquilo que la noche anterior. Soñó que Neptunia se habría agrandado desmesuradamente en el cielo, que ahora tenía el mismo tamaño que la Luna, con una fotosfera llena de resplandores y una desmesurada cola opaca que oscurecía las tres cuartas partes del horizonte. Estaba a punto de caer sobre la Tierra, pero eso no hacía que los vecinos de Pisa huyeran, sino que miraban al cielo con las manos en los bolsillos; el camarero del hotel se defendía riéndose de la colisión de Neptunia, a la que espantaba con la servilleta, como si fuera una mosca inoportuna.

La mañana siguiente no había ninguna nube, ninguna bruma que indicara que el paso del astro hubiese alterado la atmósfera. La ciudad tenía la misma apariencia de todos los días, y los mismos coches de siempre corrían de la catedral a la estación.

Hermann Brille consultó los partes meteorológicos de la prensa: nada.

Después de comer le llegó un telegrama de Berlín, en el que un colega le pedía datos y aclaraciones sobre el aspecto y la posición de Neptunia. Lo sorprendió un poco, porque el astro debía de ser visible a simple vista en toda Europa. Inmerso en un mar de dudas, el astrónomo esperó a que anocheciera y salió de casa. Quería observar Neptunia desde la plaza y oír lo que decían los ciudadanos de aquel nuevo huésped del cielo. Vio a un grupo de gente en la ribera del Arno y creyó que estaban allí esperando la estrella. En cambio, se reían de la riña de dos mujerzuelas.

Hermann consultó el reloj y se dirigió a la plaza de la catedral. El sitio estaba casi desierto, y ese cielo tranquilo y de un azul profundo, esa torre inclinada, esa explanada silenciosa y oscura parecían hechos justamente para esperar allí el fin del mundo.



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

Oyó un murmurio: era un funeral. Llevaban el féretro con la prisa propia de los de la misericordia, que despachaban la cosa casi a la carrera: rezongaban e iban golpeando en las paredes con las antorchas encendidas. El espectáculo no era alegre, pero ¿por qué afligirse si dentro de poco, tras la colisión con Neptunia, la Tierra entera acaba siendo un cementerio?

—Señor, ¿tiene una cerilla?

Un chicuelo esbelto y aseado era quien le había hecho esa pregunta.

Hermann sacó del bolsillo una cajita y le ofreció una cerilla; a un alemán no se le ocurriría darle dos.

El chico alcanzó a un compañero que lo esperaba a pocos pasos, se agachó para encender un farolillo y salió corriendo.

Un cuadrado de papel se alzó ondeando y a Hermann se le escapó un grito de estupor.

El pilluelo tiraba, con la mano tendida, del astro de Neptunia, esto es, una cometa pro-

vista de una luz. La estrella, que seguía la loca carrera de quien la guiaba, dibujó enseguida la parábola de siempre y cayó cerca de la muralla.

Jamás el autor de *Fecundación cósmica* se había sentido tan desconcertado como en ese momento.

Perdió toda idea de sí mismo, de la ciencia y de las cifras y, extendido el puño hacia la amable ciudad, culpó al escepticismo italiano de haber convertido su cometa en un juego infantil.

Volvía a casa aturdido, cabizbajo, cuando lo detuvo el profesor Bartoli, que se dirigía al café de siempre.

—Y bueno, ¿qué dicen sus últimos cálculos? —preguntó cordialmente el vejete.

—¡Oh! ¡No hay Neptunia, no hay nada!

—Ya lo sabía. ¡Pisa es una ciudad tan tranquila! Aquí nunca sucede nada raro; créame, es el carácter de la población.

Alexandru Macedonski

El cometa de Odorescu

Traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la traducción, 2019

Odorescu era un buen chico. Bajo, con disposiciones napoleónicas en el vientre y, con todo, poeta, poeta en toda la extensión de la palabra. Vivía en casa de una tía, por la avenida nueva que se llamará de Coltsa cuando comunique la Carretera con el Hospital. Estaba en su cuarto año de instituto y, aunque leía a espuestas (novelas, poesía, vulgarización científica, por ejemplo, Verne y Flammarion), había suspendido varias asignaturas para septiembre. También había publicado unos versos en un periódico, aunque esto no entusiasmaba a su respetable tía, de la minoría alemana, y mala, mala como ella sola. «¡Estudia, granuja!», le gritaba cada vez que lo pillaba con uno de esos libros en la mano. Y se los rompía, se los quemaba en la estufa. El chico acabó desesperándose, abandonó el domicilio de la tía y ya llevaba seis días durmiendo en casa de un amigo que tenía una colección entera de libros de Flammarion. Así fue como transcurrió casi una semana desde que Odorescu había echado a volar hacia los mundos trascendentales. Por las estrellas, por el infinito había renunciado incluso a escribir en verso. Lo que había empezado a afanarlo era ya otra ambición... De fijo, tampoco la astronomía cuenta con representantes extraordinarios en Rumanía y, estando así las cosas, ¿por qué no se iba a consagrar él a tal estudio? Y, desde que se puso a leer a Flammarion, lo que lo desasosegaba más era el problema de los cometas. Ah... ¿por qué no le concedía Dios ver al menos uno él también? ¡Qué feliz sería! ¡Cómo lo observaría! ¡Cómo intentaría dilucidar su camino! Y, ¿quién sabe...? Tal vez... —¡Oh, pero esta sería una gloria demasiado grande...! Tal vez llegaría un día en que se dijera el *cometa de Odorescu*, como se dice el *cometa de Biela*.

El jovencito, de carácter entusiasta y no-

ble, se sentía entonces por encima de las miserables circunstancias de la vida que lo rodeaban. Los ojos se le llenaban de una luz casi tan brillante como el núcleo de los cometas y ebrio de alegría (¡gloria, gloria!) no pensaba en si había comido o no, de modo que el cesarismo de su vientre se democratizaba cada día que pasaba. Su tía, ¡burguesa odiosa!, acechaba desde hacía tiempo la llegada de ese momento psicológico y, ¡oh, traición!, puesta al tanto por el amigo en cuya casa dormía el sobrino, le salió al paso una tarde justo en la avenida, en el ancho río de asfalto y granito que corre desde las afueras hacia el centro de Bucarest y que a él le gustaba recorrer a lo ancho y medirlo a lo largo, con los ojos eternamente fijos en las estrellas, la Luna, las cuatro esquinas del horizonte, tan solo por si aparecía el cometa tan esperado, el acontecimiento que había de determinar qué vida tendría, una vida superior o..., o..., ¡horror de los horrores y maldición de maldiciones!, la vida de todos los Ícaros que se precipitan de los cielos a la tierra,

...con el ala aplastada por la perfidia del mundo

...con sueños, con amor, con poesía...

Ni que decir tiene que, especialmente aquella noche, la voz formidable de la respetada tía lo sorprendió de la forma más desagradable... Justo le había parecido, o tal vez se trataba de algo real, divisar en el cielo una luz desacostumbrada, extraña, roja, tirando un poco a azul e incluso a amarillo, salvo que se hubiera equivocado...

Las invectivas de la tía manaban sin parar. El vocabulario amenazaba con ser infinito... «¡Vamos, desgraciado! ¡Por eso puse mis esperanzas en ti! ¿Para que te volvieras un



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

golfo...? Espera, que te voy a enseñar yo. Ahora cierras el pico... Vas a ver con quien te las estás gastando... Si quieres quedarte contando piedras, quédate, pero no con la ropa que te he comprado yo... ¿Y las botas...? ¿Son tuyas o soy yo también quien te las ha conseguido...?»

Y la respetable tía, que no era poco enérgica, le cogió al muchacho del pescuezo... le quitó una manga... Él se revolvió, ni que decir tiene, pero no habría sido de extrañar que la tía se quedara con la victoria, es decir, con el traje.

Qué pasó y de qué manera, solo Dios lo sabe. Bastará decir que, en ese momento crítico, Odorescu levantó la vista... Así pasa siempre cuando se está en peligro. Levantó la vista y, maravilla de las maravillas, vio..., vio, y no era una aparición, vio un cometa, un cometa de verdad, un cometa enorme, con el núcleo tan rojo que daba miedo y con una especie de cola, en verdad corta, pero cuya escasa longitud quedada compensada por el hecho de que fuera cilíndrica y tricolor... Ese cometa era anaranjado, rojo y azul, y se movía.

Era para poner los pelos de punta a cualquiera que lo viese... El chico apenas tuvo fuerzas para señalárselo a su tía y jadear: «¡Co-me-ta!». Y, realmente, era sin duda un cometa, era el cometa que había escapado a todos los telescopios de Nueva York, Londres, París, San Petersburgo y Berlín, para no confiarse más que a él, para su gran fama, y, justo es decirlo, para la salvación de su chaqueta de las garras rapaces...

Esas garras, aunque eran garras de tía, ante el cometa se aflojaron, se soltaron y cayeron, con manos y todo, vestido abajo.

«¡El cometa! ¡El fin del mundo! ¡Pobre, pobre de mí! Vamos, Iancu, reconciliémonos», esas fueron las palabras que brotaron de sus labios desesperadamente y, deshaciéndose en llanto, se arrojó al cuello del sobrino y lo sofocó a besos.

Claro está que Odorescu, pese a la reconciliación, no perdió el tiempo. Esa misma noche

empezó a propalar el gran acontecimiento por Bucarest... No lo había visto casi nadie, si es que lo había visto alguien, aparte del director del observatorio meteorológico, quien, tan pronto le llegó el rumor, no solo vio el cometa, sino que hasta calculó su dirección. Se movía de oeste a noroeste, con inclinación hacia la Tierra, tenía una densidad amenazadora sobre la que no podía confundirse ni un ápice y, si no aparecía la noche siguiente, ello querría decir que se aproximaba velozmente a la Tierra. De hecho, en astronomía es algo elemental que, cuando los cometas están destinados a alejarse, a no chocar con la Tierra, se ven por la noche en el cielo cada vez más, se elevan hacia el cenit.

En poco tiempo, Bucarest empezó a agitarse. La noche siguiente, todo el mundo, unos con binóculos, otros con catalejos, se apiñaba en la avenida, se agolpaba hacia la Carretera, esperaba la aparición del errabundo y pavoroso astro. Odorescu nadaba en la gloria como si fuera su elemento... Iba de un grupo a otro... Lo había visto entre las diez y las diez y media... Tenía que aparecer...

—¿Y tenía cola?

—Por supuesto, roja, amarilla y azul.

Sin embargo, era medianoche, era la una, y el cometa no aparecía. Parte de la multitud volvió a casa decepcionada... Otros, aquellos que habían oído la teoría de la aproximación de los cometas a la Tierra, estaban muy preocupados... Algunos atribuían la aparición del cometa al derrocamiento del primado... Esos descreídos, ¿y quién no lo es hoy en día?, no creían en nada... mientras que los feriantes echaban la culpa del cometa a la entrada en Bucarest del emperador de Austria, llegada que, a decir verdad, no pudo ser hasta después de producirse un eclipse lunar...

En cualquier caso, Odorescu vio cumplido su sueño de la noche a la mañana. ¡En Bucarest no se hablaba más que del cometa!... ¡El cometa de Odorescu!

Poco a poco volvió la tranquilidad. Habían pasado dos semanas... Las glorias, incluso las



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

mayores, son efímeras en algunos países. Odorescu se había librado de repetir curso. Quizá a los profesores, tras el acontecimiento, también les interesaba que no lo repitiera.

Sin embargo, a él pronto le esperaba una pequeña decepción... Una tarde, ¡noche funesta!, estaba en casa de su amigo, el de los libros de Flammarion... Apareció el cometa... Era el mismo, no cabía duda. Avanzaba de oeste a noroeste. Se inclinaba manifiestamente hacia la Tierra. Su cola, corta pero cuya escasa longitud quedada compensada por el hecho de que fuera cilíndrica y tricolor, aquella

famosa cola roja, amarilla y azul se movía arrebatadiza... imitaba la oscilación del péndulo, se invertía tres veces... Su núcleo era rojo como la llama. Odorescu y su amigo no tuvieron tiempo de cambiar impresiones. El cometa se acercaba rápidamente, silbaba como si se fuera a hundir el mundo, pero, al mismo tiempo que adoptaba la figura de un lampión veneciano, se distinguía también un cuadrado oscuro: la colosal cometa de papel cárdeno de cuyo hilo unos niños de los alrededores habían colgado el cometa de Odorescu.

Joaquim Ruyra

El fin del mundo en Gerona

Traducción de Anna Leonart Ridao

© Anna Leonart Ridao, por la traducción, 2019

Durante aquellos años, en los que yo estudiaba latín en el Seminario de Gerona, corrí por la ciudad un librito de pretensiones proféticas, el cual, después de llamar a los pecadores al arrepentimiento y a la oración, anunciaba la próxima venida de tres días de tinieblas. ¡Y qué tinieblas! No luciría el Sol, la Luna ni las estrellas, e incluso su difuso resplandor que, aun en las noches más oscuras, no deja de impregnar el aire de una débil claridad, se apagaría por completo. Los fieles, advertidos por la profecía, podrían librarse del morboso efecto de la plaga reclusándose dentro de sus casas, rezando y haciendo lo que fuera menester a la luz de la cera bendita; pero, ¡ay... de los que pasaran la oscuridad a cielo descubierto!

Con la más aterrada curiosidad leí una y otra vez el libro de tan terribles anuncios, obra de una venerable Beata, y debo confesar que me pareció casi tan oscuro como las tinieblas a las que se refería, y que no supe entender que designara a nuestros tiempos y no a otros; pero allí donde no llegaba mi inteligencia infantil sin duda llegaban las más expertas y diestras personas de edad madura, y yo no podía sino rendirme a su superioridad. Tanto mi familia como las visitas de casa parecían entender bastante bien el oscuro augurio y prestarle mucha fe. Algunos curas con quienes hablé del asunto no me desengañaron; antes bien, me loaron la autoridad de la profetisa y me recordaron algunos indicios por los cuales se podía deducir que indicaba nuestros tiempos. Mi madre no decía nada, pero me animaba más que nunca a que orara y frecuentara los sacramentos, y como mujer prudente se provisionaba al por mayor de cera y la llevaba a bendecir. Esto era para mí más elocuente que cualquier discurso. Mi corazón sufría una especie de sobresalto cada

vez que la veía venir con un juego de cirios. En cuanto a mis compañeros de clase, no había ninguno que pusiera en duda el vaticinio. Nuestra criada, Munda (una buena vecina de Mieres de cuarenta años, que al parecer sufría de tentaciones y las rechazaba a menudo con un «ave María purísima» dicho para sus adentros y una horrible mueca en su cara), creía en ello como en los santos Evangelios. Y las piadosas y rancias señoras que solían concurrir a nuestras tertulias vespertinas, aunque en mi presencia refrenaran la lengua sin duda por indicación de mi madre, no por eso se privaban de pronunciar ciertas frases que se figuraban que yo no entendía y que me daban pie a adivinar, a veces con fantásticas exageraciones, las espantosas creencias que querían ocultarme. Pero quien me horripilaba más que nadie era el cocinero del Seminario, un hombre de aire campesino, cándido y fervoroso, que esperaba las anunciadas tinieblas como una fiesta y hablaba del tema refregando sus manos de júbilo.

—¡Esta, esta será la buena! —exclamaba con una entusiástica aspersion de fe, no exenta de gozo de amor propio—. Entonces triunfará la verdad. Entonces, cuando caigan perturbados por la calle, verán quién tenía razón estos canallas que me motejan de borrego y matacandelas. Entonces se lamentarán de no haber guardado alguna reliquia de mis cirios y de no haber sabido qué lana había que tunder.

Me entraban escalofríos cuando lo oía.

En cuanto a la expectativa de tres días de tinieblas, ni fu ni fa: era algo soportable, pensándolo bien; los pasaríamos refugiados en casa, con buenas velas encendidas y, en cuanto el sol saliera de nuevo, volveríamos a estar tan campantes como siempre; pero después entendí que el caso era más terrible. O yo no



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

había entendido bien la idea desde el principio o esta había evolucionado en la cabeza de la gente. No se trataba solamente de tinieblas, no. Las tinieblas no serían más que un signo premonitorio. Habíamos alcanzado los últimos tiempos. La guerra de Francia y Prusia, que entonces sacudía el mundo, era una guerra apocalíptica; el Santo Padre era prisionero; sin duda, el Anticristo ya andaba entre los hombres, encarnado en el cuerpo de algún Gambetta, Víctor Manuel o Garibaldi. Señales no faltaban; quien tenía ojos lo podía ver; quien tenía oídos lo podía oír: el fin del mundo se acercaba deprisa, deprisa.

Yo estaba tan convencido de ello que me extrañaba que los maestros nos hicieran perder el tiempo con clases y lecciones. Miraba receloso el sol y a cada momento temía que se apagara al soplo de Dios como una vela que su dueño no quiere que arda más. ¿Cómo describir la profunda tristeza que se había apoderado de mí? Imaginad un cataclismo inminente que tiene que derribarlo todo y del cual no es posible escapar. ¡Qué aborrecimiento del trabajo, qué desencanto de la vida! Sueños espantosos amargaban mis noches; cavilaciones tétricas afligían mis días. Cualquier ruido imprevisto me asustaba. Eso no era vivir; y, ciertamente, sentía cómo enfermaba.

Triste y taciturno, me dirigía a la clase como de costumbre y, al ver a la gente apremiada ir y venir por las calles, pensaba: «Infelices, ¿por qué os apresuráis por un futuro que no ha de existir?». Pero su despreocupación aparente era un consuelo para mí y me inclinaba a dudar de las ideas que me apesadumbraban. «Estos, que brindan alegremente en la taberna —me decía el corazón—, estos, que miden grana, estos, que pasan llevando carros avituallados para largas jornadas de camino, no desconfían de la vida, ni del sol de mañana». Y, aun cuando no me inclinara a pensar nada en concreto, el espectáculo de la animación y el bullicio me sentaba bien. Me distraía, me esperanzaba.

Por eso muchos días, en vez de ir a la es-

cuela, me paraba en medio del Puente de Piedra sobre el Oñar, y, con una pereza invencible, en un estado casi de inconsciencia, me estaba las horas muertas, apoyado en la barandilla, mirando, mirando, bebiendo la vida, pasmándome, consolándome.

Desde allí se ven las casas de Gerona extenderse a un lado y otro del río, desaliñadas, desiguales y toscas, formando un conjunto estridente como un montón de mendigos vestidos con ropa harapienta con todo tipo de remiendos. Ningún arquitecto ha ideado una sola de sus líneas; han crecido sin arte ni regla, siguiendo las sinuosidades del río y adoptando con franqueza, a la vista de todos, la actitud más conveniente para lanzar al agua sus inmundicias. La policía urbana tendría mucho que decir; pero el pintor y el poeta, que saben prescindir de ciertas miserias, les ven encanto. Hay riqueza de color, hay exuberancia de vida, hay algo del instinto divino que ha presidido la formación del nido de las golondrinas. Y, pese a todo su aspecto de mendigas y miserables, aquellas casas tienen un alma joven y alegre que se asoma a sus ventanas y balcones al primer rayo de sol. La luz encuentra miles de cristales en los que reflejar sus olas de oro; el viento halla cortinas de todas formas para jugar a las banderas.

Allí, en aquellos batientes rústicos, gorjean jubilosamente los canarios al primer resplandor de la aurora; allí, sobre aquellas terrazas y tejados, llenos de enormes jaulas desiguales, levantan el vuelo espléndidas bandadas de palomas, que se distinguen en el cielo azul como guirnaldas de flores blancas, coronando la majestad del sol naciente. Y, al hacerse cada vez más de día, las ventanas se van abriendo y los balcones, poblando. Acá una vecina tiende al sol la ropa multicolor de su colada; allá otra, deseosa de trabajar al aire libre, apoya en la barandilla de una terracita su tablón de planchar; allí una viejecita sale haciendo punto, con una larga aguja sobre la oreja... una larga aguja, que, brillando como un hilito luminoso sobre su frente vene-



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

rable, le da un aire de Moisés; más allá, sobre un rellano repleto de tiestos, aparece una regadora que rocía y un brazo y una mano que se mueven, y entonces os percataréis que en el entorno de ventanas raquílicas y destartadas hay una sarta espléndida de verdor y de rosas y claveles, que ríen, ríen con bienaventuranza; y de un balcón a otro van y vienen conversaciones; y todo se mueve y chirría y canta; y los muchachos, que pescan con caña desde un piso, las comadres que se pelean de ventana a ventana, tirándose de lejos ridículos arañazos, que se lleva el viento risueño, e incluso el menestral, que a veces sale con cara de malas pulgas a su pequeña galería y, sujetándose la pretina de los desabrochados pantalones, se mete precipitadamente dentro de un gabinete, del cual todo el mundo adivina la función, todo contribuye a la animación de aquel barrio pintoresco y extraño. El Oñar refleja esos movimientos y colorines, multiplicándolos y prismatizándolos en su vibrante aguaje, entre grandes manchas de color azul del cielo y resplandores de solanera; y, por encima del barrio carnavalesco, la Gerona solemne ostenta sin desentonar sus dos notas más artísticas y severas. Sí, por encima de aquel montón grotesco de balcones, galerías, rellanos, tejados, tiestos y jaulas, la grandiosa catedral se muestra de cuerpo entero con su silueta de tarasca decapitada y, algo más lejos, el campanario de San Feliú se levanta como un ciprés gigantesco, místico, soñador, que habla de la inspiración melancólica de los siglos pasados.

Siempre empezaba a contemplar estas cosas con ojos indiferentes y llenos de sombra, pero goteaban una miel sanadora en mi corazón. Me confortaban como lo hace en invierno el calor de un buen fogón. Tenían calor de vida. Y yo no podía renunciar fácilmente a su influencia. Unas veces me atraían la mirada los movimientos de los vecinos; otras, el bullicio de las criadas, que pasaban en fila por el Puente de Hierro, yendo y viniendo de la pescadería a la plaza, y de la plaza a la pescade-

ría; otras, eran tan solo los reflejos del agua del Oñar, que agitaban mágicas redes de luz en las sombras, que proyectaban en las paredes los grandes rellanos de los balcones y miradores. Nada cambiaba, la gente se ocupaba de sus quehaceres igual que siempre, y las sombras y el sol se amaban y mezclaban dulcemente sus encantos con la placidez ordinaria.

A veces una idea como la de antes me enternecía hasta bañar de lágrimas mi cara. ¡Ah, que algo tan bonito tenga que perecer! ¡Disfrutémoslo, pues, mientras podamos! ¿Por qué ir a clase? ¡Al diablo los pretéritos y los supinos! ¿Quién pensará en examinarme de latín el día del juicio?

Otras veces, mientras contemplaba aquel barrio del Oñar, ondulaba dentro de mi corazón una sonrisa de incredulidad y esperanza. Todo eso no barruntaba ninguna señal de agonía. La gente, las olas e incluso las casas parecían contener ya la simiente de un largo porvenir, y así se lo prometían, como el grillo de la bellota promete la encina que dará sombra a nuestros nietos. Vamos, eso también se profetizaba... y esta profecía era más clara y comprensible que la del libro de la venerable Beata. ¡Bah, bah!... ¡Quién sabe si alguien lo había entendido bien, el tal libro! ¡E ir a meterse en la cabeza, sin suficiente fundamento, unas pamplinas tan angustiosas! ¡Bah, bah!

Acababa por respirar con más amplitud y por sentirme más a gusto en mi pellejo. Creo que la simpatía coral que los barrios del Oñar me inspiran proviene en buena parte de los grandes consuelos que me proporcionaron en aquella ocasión. Pero, si de día disfrutaba de estos consuelos y de otros por el estilo, en cuanto llegaba la oscuridad mi espíritu recaía en sus temores y angustias. Cuando las sombras vespertinas borraban los colores de las paredes, y las calles iban quedando solitarias, y no salía del corazón de la ciudad otra voz que no fuera la de un lóbrego rumor de aguas y, a veces, el sonido de alguna llorosa campana, mis esperanzas decaían y se desmayaban



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

como el ramaje de un sauce. Entonces la terrible profecía se apoderaba de mí, tiranizaba mi imaginación y me llevaba a las visiones más espantosas. ¡Cuántas veces, en mi cuarto de estudio, con el libro abierto ante mis ojos, sentía de repente como si pasara sobre mí un espíritu espeluznante y los pelos se me erizaban en la coronilla! ¡Qué fantásticas escenas de fin del mundo y de juicio universal flotaban entre mí y aquella inofensiva gramática latina, robándola a mi atención! ¡Y la angustia y el pavor que sentía! No podía resignarme. En vano rezaba, en vano procuraba fortificarme pensando en la bondad de Dios y en la confianza con la que podía atenerme a la voluntad de un Padre tan amante. El instinto de conservación era más potente que todas las reflexiones del entendimiento. No, yo no podía lograr más que una apariencia hipócrita y superficial de resignación. De las profundidades de mi alma se alzaba una protesta, un lamento. ¡Qué desdicha haber venido al mundo en aquellos tiempos! En épocas normales cada vida era como un reloj, que no para de funcionar hasta que se le acaba la cuerda. Y mi cuerda, si mi corazón no me engañaba, era larga, larga... Pero, ¿qué sacaría de todo esto si se producía una calamidad que desbaratará toda la relojería?

Y he aquí que esta misma protesta era otra fuente de tormento. ¿Cómo presentarme ante el juicio de Dios con aquella queja que protestaba en mi interior? ¿No era el primero de los deberes atenerse a la adorable voluntad del Altísimo? ¡Pues yo pecaba, pecaba sin parar! ¡Oh, desgracia espantosa, sobre todo en tales instantes! Ah, tanta afición a la vida... y tantos novillos en el colegio y... ¡ay, pobre de mí!

Claro, la convicción del mal estado de mi consciencia aumentaba mis terrores. Me parecía que el demonio debía tenerme ya como suyo, y que me acechaba con una horrible sonrisa codiciosa. Creía ver su tenebrosa figura detrás de las cortinas. Si me volvía y ponía de espaldas, imaginaba que él iba alar-

gando su brazo detrás de mí hasta que su mano negra planeaba ya sobre mi hombro. Imaginad qué espanto el mío, si en aquel momento, por azar, alguien que yo no hubiera oído entrar, me tocaba para advertirme de su presencia. Eso era un sinvivir. Los sueños y las realidades se confundían en mi alma con turbada y llena de angustia.

Solo gozaba de un intervalo de descanso, durante el día, con las distracciones que he mencionado, y, al atardecer cuando, rendido de cansancio, se entumecía mi cerebro, se pasaban mis ojos y no pensaba en nada.

Así, en ese estado de encantamiento, me encontraba un atardecer, con los ojos abiertos de par en par ante mi libro sin ver letra alguna, cuando una voz apagada y temblorosa, que pronunciaba mi nombre no muy lejos de mí, me espabiló de un susto. Me volví y vi en el umbral de la puerta a nuestra buena criada... Pero, ¡qué cara más demudada tenía!... Era una mujer cargada y mofletuda, encarnada normalmente como una fresa a medio enverar. Pues bien, en aquellos momentos sus mejillas tenían una palidez cadavérica. Llevaba el pañuelo de la cabeza caído en torno al cuello, lo que dejaba al descubierto su coronilla grisácea, me miraba de hito en hito, abría la boca, como si quisiera hablar y no pudiera, y con la mano me hacía señas para que la siguiera.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? —le pregunté, alarmado, levantándome.

—¡Ah! ¡Oh! —exclamó ella con una especie de chillido sordo.

Me acerqué a ella apresuradamente. Entonces, atolondrada, me agarró de una solapa del chaquetón y me llevó bajo una lucerna que se abría al cielo en un pasillo. ¡Dios de justicia! Todo el cielo estaba al rojo vivo, como las brasas. ¿Quién había visto tal cosa a la hora de las tinieblas?

—¡Ay, Munda, ay! —exclamé profiriendo el nombre de la pobre criada con un acento de ternura y de condolencia que ninguna palabra puede explicar.



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

—¡Rafel! ¡Hijo mío! —contestó ella en el mismo tono, levantando los brazos al aire.

Entonces, de la parte de atrás y de los altos de las galerías y de las terrazas, oímos un griterío aterrador. No había duda: la gente se daba cuenta de los horrores del cielo. Ya había llegado la hora. Los temores tenían fundamento. Eso era el principio del fin. El corazón se me heló, las piernas me fallaban... y caí en un rincón sin ánimo alguno.

No sabía lo que me pasaba. Y Munda, la criada, no estaba menos trastornada que yo. Sus miradas se impregnaban de mi pavor y las mías del suyo, y ambos nos mirábamos con una intensidad creciente, tiesos, inmóviles. No nos podíamos decir nada, ni nos hacía falta. Nuestros pensamientos se tocaban los unos a los otros, se estremecían al verse iguales.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en ese estado. No mucho; seguramente menos del que ahora pueda parecerme, porque aquellos instantes tenían algo de eternos.

Al fin, el terror mismo que nos paralizaba estalló en un impulso de movimiento y ambos corrimos a la vez hacia la galería. Necesitábamos ver todo el cielo, por monstruosas y terribles que fueran las cosas que tuviéramos que presenciar. ¿Qué descubriríamos? Tal vez una Luna sangrienta, que se agrieta y cuarteja entre llamas... Tal vez extraños monstruos de fuego, volando con inmensas alas desoladoras... Mi imaginación se me adelantaba a la carrera y mi corazón estaba listo para cualquier estremecimiento.

Pero ninguna de las visiones presentidas se ofreció a nuestra mirada cuando llegamos a la galería... Y, aun así, el espectáculo que presenciábamos no era mucho más esperanzador. El cielo ardía por todas partes con un resplandor que iluminaba el aire nocturno de forma siniestra y apagada. Las terrazas, los balcones y las galerías rebosaban de gente, pero de una gente inmóvil y silenciosa, como petrificada. Mi madre estaba allí, delante de mí, entre otras dos señoras en mantilla: la

señora Laieta, abuela del señor Rector del Mercadal, y la señora Tuies, patrona de una pensión de estudiantes. Las tres contemplaban el cielo con aire de consternación y parecían temblar. La señora del piso inmediato, del lado derecho, lloraba apoyada en la barandilla, y el señor Pagés, su marido, de pie a su lado, no decía nada para consolarla. Los dos hermanos gibosos, que vivían en el piso vecino a la izquierda, también habían salido a su balconcillo. Sus voces estridentes fueron las primeras que resonaron en mis oídos en medio del silencio sepulcral de aquella noche pavorosa.

—Para mí —dijo uno de los dos—, ese resplandor no puede ser otra cosa que un reflejo del gran incendio de París.

—Sí —contestó el otro hermano—. Los prusianos habrán entrado y se habrán apresurado a prenderle fuego por todas partes.

Yo escuchaba con avidez aquella conversación y sentía gran consuelo. Que París ardiera debía de ser algo desagradable para los parisinos, pero para nosotros no era el fin del mundo.

—Estos señores tienen razón —dijo la señora Tuies, que debía haberlos oído lo mismo que yo—. El castigo de Dios ha caído sobre la Babilonia moderna. ¡Misericordia, Señor, misericordia para los pobres pecadores!

—¡Babilonia, Babilonia! —exclamó la señora Laieta, después de exhalar un amplio suspiro de alivio—. Cada pecado lleva su penitencia. Esta es la ley de Dios. Ahora la ciudad del desenfreno arde como un haz de sarmientos.

Pero mi madre movía la cabeza denegando tristemente.

—No, no —murmuró—. Eso es imposible. El incendio de París, por grande que fuera, no enrojecería el cielo, ni siquiera hasta la cuarta parte de la distancia que hay de allí a Girona. Desengañense: esta explicación es un disparate.

Entonces las señoras de la fábrica de abajó, acompañadas del ingeniero, salieron al pa-



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

tio al que daba nuestra galería. El ingeniero señalaba el cielo con el dedo a sus compañeras y les explicaba algo que escuchaban tranquilamente, con la sonrisa en los labios. Mi madre lo llamó por su nombre.

—Señor Farreres, ¿quiere tener la bondad de decirnos qué piensa de este resplandor por la noche?

—No es nada malo, señora. No se alarmen —contestó él, saludándonos con una inclinación y un sombrero—. Es un fenómeno meteorológico muy conocido y frecuentísimo en altas latitudes. Es una aurora boreal. Que haya aparecido en nuestro cielo es realmente algo extraño, y sería difícil adivinar a qué condiciones atmosféricas se debe; pero no puede tener ninguna mala consecuencia, les respondo de ello. Estén tranquilas y disfruten con alegría de un espectáculo que probablemente no tendrán ocasión de admirar nunca más en la vida desde los balcones de Gerona.

¡Una aurora boreal! ¡No era más que una aurora boreal! Ya tenía noticia de ese fenómeno, de cuando estudiaba el tratadito de meteorología que formaba parte de la asignatura oficial de Geografía de nuestro seminario. ¡Qué gran respiro de alivio exhalé!

Mi madre se apresuró a transmitir la satisfactoria explicación a los vecinos más cercanos, y seguidamente aquella buena nueva voló de balcón en balcón por toda la barriada, bajando hasta los patios más profundos y subiendo hasta las terrazas más altas, con un rumor que iba ensanchándose, creciendo, haciéndose más vivo... Al cabo de poco rato, ya las manchas oscuras de la gente se agitaban por todas partes con rumor de conversaciones y, aquí y allá, cerca y lejos, sonaban exclamaciones y risitas de júbilo.

Con esto mi espíritu pasó, casi de un salto, del terror más loco y abrumador a la confianza más absoluta. Aspiré el oxígeno del aire con un esponjamiento de pulmones que me rellenó y embriagó; y mis nervios adquirieron un temple robusto; y mi corazón, reavivado por una ola de sangre enriquecida y por un

regocijo insólito y potente, se envalentonó de súbito, inspirándome una especie de arrogancia vital. ¡Qué profecías, ni qué cuernos! ¡Qué sueños de gente tétrica y cavilosa! ¡Estúpidos ellos y estúpido yo, que les había creído! Que se fueran al diablo a fantasear visiones de espanto sobre palabras oscuras que, en buena fe, no entendían ni ellos, ni nadie. Me indigné en mi interior. ¡Torturadores de la humanidad, lacras del mundo, más perniciosos que el hambre y la peste! Nunca jamás me dejaría engañar. Querría demostraciones claras. No estaba para envenenar mi vida sin ton ni son. ¡Ni hablar!

Cené con un hambre endemoniada, hablé despreocupadamente de la aurora boreal y de la guerra, reí... Cualquiera cosa me sacaba la risa a los labios. Y la gente de casa también reía con una facilidad y un deleite desacostumbrados. Seguramente se sentían tan aliviados de malas preocupaciones como yo mismo. Ellos también habrían sufrido, quizá no tanto como yo, pero, ¿quién sabe? Nunca más comulgaría con unas ruedas de molino tan estomagantes.

Con esta disposición de espíritu me retiré a mi cuarto y, rezadas mis oracioncitas, me metí en la cama; pero estaba demasiado sobreexcitado para poder conciliar el sueño y, vuelta por aquí, vuelta por allá, escucha que te escucha el silencio, mira que te mira la oscuridad, me volvieron las dudas y los escalofríos y el miedo. ¿Por qué me había de tranquilizar el hecho insólito de una aurora boreal? ¿No podía ser un presagio? Hasta entonces había procurado tranquilizarme con la observación de cómo la naturaleza permanecía inalterable, y ahora que se alteraba, ¿no era más ocasión de asustarme que de fundar esperanzas? Nada, un nombre, aurora boreal, me había ilusionado. ¿Y qué? ¿Quién sabía verdaderamente en qué consistía aquel resplandor? ¿Quién sabía que habría pasado durante nuestra noche en las regiones del sol invisibles a nuestros ojos? ¿Quién me aseguraba que, al día siguiente, el astro del día se



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

alzaría en nuestro horizonte? Después de unos signos tan pavorosos como los que había presenciado, ¿no tenía más motivos hoy que ayer para temer las próximas tinieblas profetizadas? ¡Oh, Dios mío! ¡Y yo que había reprobado la profecía en mis adentros! ¡Yo que me había sumado a las risas de los incrédulos!... Me había librado a un júbilo burlón parecido al de aquellos que se burlaban de Noé cuando construía el arca. Y llegó el diluvio, y se los tragó... y las tinieblas llegaban, llegaban... ¡Misericordia, Señor! ¡Cuántos pecados pesaban sobre mí! Todos me consideraban inocente y candoroso... ¡y qué pozo de malicia y de pecado era yo! El día del juicio me conocerían, cuando mi nombre de niño fuera pronunciado entre los de los viejos malhechores. ¡Misericordia, Señor!

Entre sudores, entre angustias, acabé por dormirme con un sueño intranquilo y cansado. Incluso dormirme me era doloroso; y quise gritar, pidiendo socorro, y no podía formar la voz y exhalarla. Por último, después de un esfuerzo violento, me figuré que sí que gritaba, con un grito largo, largo, aterrador... Pero nadie venía. ¿Cómo iba a venir alguien, si no podían oírme, lejos como estaba de las habitaciones? Porque yo estaba en la terraza, cara al cielo. Al parecer había subido para observar la aurora boreal, y allí la tiniebla mefítica me había sorprendido y me había ido penetrando, adormeciéndome, enervándome... El orgullo y la imprudencia me habían perdido. Nadie me socorrería, a no ser la Virgen María, que, madre como es, disputa a sus hijos al infierno hasta el último momento, incluso cuando ya toda la gracia de Dios los ha desamparado. Y no digo yo si la invoqué fervorosamente. Y acto seguido cobré más aliento y más fuerzas. Me incorporé con un esfuerzo; y me espabilaba penosamente, procurando mover los brazos, debilitados por la flojera, y abrir los ojos, espesos de sueño.

Así estaba cuando oí subir de las honduras de la calle un susurro como de multitud en marcha rezando: rumor de múltiples pasos

confusos y de sordas voces misteriosas, que crecían y menguaban como el murmullo del responderse de las letanías por las retumbantes cavidades de una vasta iglesia. Y al cabo de poco rato sonaron en la puerta de mi casa unas llamadas atronadoras que me aterrizaron. ¿Qué significaría eso? Me levanté y, loco de alarma y entorpecido todavía por el sueño pesado, bajé deslizándome por las escaleras, sin prestar atención a los pisos ni los rellanos, hasta la entrada.

La puerta exterior estaba abierta y vi la calle abarrotada de un gentío macilento rezando que repetía en voz baja: *Miserere, miserere nobis*. Las mujeres llevaban capuchones o mantillas como en los días del año santo, y no había mano que no sujetara rosarios, un crucifijo o algún otro objeto de devoción. Incluso había quien llevaba una de aquellas pilas de agua bendita que suelen ponerse en las cabeceras de las camas. Se veía que, despiertos de un susto, algunos de aquellos infelices habían agarrado la primera cosa santa que habían encontrado, como un naufrago que se agarra a la primera tabla encontrada entre las olas. ¿Qué había sucedido, pues? ¿Y dónde estaban mis familiares?... Seguramente habrían bajado antes que yo y se habrían unido a la procesión de gente que pasaba sin cesar. Estarían ya más lejos, quién sabe dónde.

¿Qué hacer?... Me uní a quienes pasaban y seguí su corriente más allá, más allá... La procesión avanzaba lentamente, pero sin detenerse nunca. Los que se paraban a llamar a las casas eran unos que parecían ejercer un cargo especial y llevaban las vestimentas litúrgicas de los arregladores de procesiones de Semana Santa, cada uno con túnicas negras con capuchas y largas varas en los puños. ¿Adónde nos dirigíamos? ¿Qué temíamos? ¿Qué nos proponíamos? Lo pregunté tímidamente a mis compañeros de ocasión y no me respondían para no interrumpir la nada. Por último, cuando ya callaba yo, una mujer me dijo rápidamente:

—¿Acaso no lo ves? Recorremos la ciudad y



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

avisamos a los vecinos para que se unan a la procesión del Santo Consuelo de la Agonía.

Estas palabras agravaron mi pena sin aclarar ninguna de mis dudas. Me levanté de puntillas y, por sobre la gente, eché un vistazo a los capirotos de los cofrades de la Purísima Sangre y su crucifijo... aquel crucifijo con el que suelen acompañar los reos de muerte en el suplicio. ¿Seríamos nosotros mismos los reos de muerte? *Miserere, misere-re nobis.*

Pasamos por muchas calles del barrio del Mercadal. Al llegar a la plazoleta de las Bernardas, miré con pesadumbre aquellas casas que hay en el fondo, toscas y bajas, de alturas desiguales, con los alféizares de sus terrazas y ventanas llenos de tiestos de flores. ¿Por qué me causaban más emoción aquellas casas humildes que las otras más altas y de ciudad? No lo sé. Me dolía que no fuera a subir nadie nunca más a sus terracitas. Me dolía pensar que las clavellinas de sus tiestos no volvieran a florecer. Pero, ¿quién sabe?... ¿Podía adivinar yo qué cosas pasarían?

Las Bernardas estarían ya preparadas. Se las oía salmear dentro de la iglesia con sus vocecitas blancas y nasales y, en cuanto las llamaron a la puerta, la abrieron de par en par y, rompiendo la clausura, fueron saliendo afuera, alineadas de dos en dos, baja la mirada, con un cirio encendido en la mano, cantando en voz baja: *Miserere, miserere nobis.*

Debieron de sumarse a nuestra larga procesión. Yo había ido avanzando y no las vi más...

En la boca del Puente de Piedra, en una de las rinconadas que antes de entrar se encuentran a cada lado, había un montón de gente que parecía dormir, unos tumbados, otros incorporados, apoyados unos en otros, al aire y confundidos los miembros. Tenían un dormir intranquilo como el de los borrachos. Entre ellos había una mujer medio desnuda, sentada en un escalón, con el cuerpo inclinado hacia delante, los pechos colgantes sobre el gran vientre, con los brazos rodeando las piernas,

las rodillas muy cerca de la frente y los cabellos caídos como un sauce, con chorretones negros en la camisa y los pies descalzos. No parecía que estuviera durmiendo. Su ademán indicaba más bien que la embargara un grave dolor. Me inspiró un interés desazonado. ¿Por qué nadie le prestaba auxilio, ni a sus compañeros tampoco?

Me acerqué a ella de soslayo y le toqué un hombro para hacerle una pregunta. ¡Oh, Dios mío, qué horror! Al tocarla se estremeció de pies a cabeza, se irguió y, apartando con mano entumecida, insegura, los cabellos que le cubrían el rostro, se me encaró. ¡Qué palidez tenía! ¡Qué rechinar de dientes! Sus párpados se abrieron, se abrieron, se abrieron de par en par... Pero no veía. Sus ojos no tenían ni pizca de pupila. Eran blancos y áridos como una cáscara de huevo.

—¡Huye, apártate, huye! ¡Déjalos! ¡Son perturbados! —me gritaron varias voces.

Retrocedí aterrado y me fregué y refregué maquinalmente en mi propia ropa la mano, contaminada por el roce de aquella infeliz. ¡Eran perturbados! ¡Terrible revelación! Sí, recordaba que yo mismo había estado a punto de volverme como ellos. ¿Cuándo? ¿Cómo?... Mis pensamientos eran confusos. ¿Habrían ya pasado sobre el mundo los tres días de tinieblas anunciados? Lo cierto era que ahora volvía a reinar la claridad, una claridad mortecina, parecida a la de un atardecer de uno de esos días de invierno en los que los gerundenses dicen que hace un frío negro. Al cruzar el Puente de Piedra, volví la mirada hacia aquel barrio del Oñar, tan pintoresco y animado poco tiempo antes. No había nadie en ningún mirador, en ninguna ventana, en ninguna parte. Todo estaba triste y desierto. El ruido de las aguas echadas al río por los buzones de las fábricas, resonaba lóbregamente por aquellas soledades. San Feliú y la Catedral apenas se divisaban en la lejanía: sombras en el cielo de sombras.

Después de haber pasado el Puente de Piedra, nos metimos bajo los Arcos de Espar-



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

ters y más allá, más allá, siempre bajo los soportales... unos soportales bajos y desiguales, manchados de grises cenicientos, rojos de hoja seca y verdes de pared deteriorada. ¿No se acabarían nunca? Oteé por el lado del gentío y no vi su fin. Siempre vueltas y más vueltas... Producían un efecto parecido al de aquellos escaparates que tienen un espejo a cada lado, los cuales reflejan mutuamente en una sucesión interminable el espacio y los objetos de en medio, ofreciendo la visión de un escaparate sin límites. Talmente así parecía que aquellas arcadas se reflejaran y evocaran unas a otras. El rezo retumbaba y se propagaba por allí pavorosamente. *Miserere, miserere nobis.*

Como quiera que fuera, al final salimos a cielo descubierto, mas no puedo recordar por qué calles nos adentramos. Yo marchaba casi maquinalmente, siguiendo la procesión que avanzaba en fila por las ramblas sin desviarse nunca, a no ser que le cortara el paso algún montón de perturbados. En este caso daba una vuelta para apartarse. Y recuerdo que los encontramos en varios parajes. Incluso vi a algunos tumbados en el enlosado de los balcones. Pero ninguno me impresionó tan siniestramente como uno que aparecía volcado sobre el alero de una casa baja, del que sobresalía de medio pecho hacia fuera a modo de gárgola, con la frente destrozada y unas barbas floridas de la suciedad del tejado. Aún respiraba, y con el zarandeo del resuello removía dos tejas que se iban descoyuntando y dejaban caer un polvo de escombros. Nos tuvimos que arrimar a la acera opuesta para evitar que nos tocara alguna de las gotas de sangre negra que le manaban al infeliz de la herida de la frente.

En cualquier guerra o cataclismo pueden observarse destrozos humanos más estremecedores. Los perturbados casi no presentaban herida alguna; pero, con sus estigmas de eterna condena, inspiraban una repugnancia y un terror sagrado que ninguna lengua tiene palabras para explicar. Ver en tal estado a

una persona amada tenía que ser el dolor de los dolores. Tan solo de imaginarlo me afligía, y no podía sino pensar en mi familia. ¿Dónde estaban? ¿Se habrían salvado todos? ¡Ah! Si en aquellos momentos hubiera notado en mi mano el calor afectuoso de la mano de mi madre, la angustia me habría sido más soportable; pero, solo y abandonado en medio de la multitud, ¡qué pena, qué desánimo! ¡Y en tales circunstancias!...

Todo eso eran señales del fin del mundo, no había duda. Mas, ¿adónde íbamos? ¿Qué nos proponíamos? ¿Qué sucedería?... *Miserere, miserere nobis.*

Íbamos subiendo a la ciudad alta, llena de piedra, llena de escalones, arriba, arriba, por escaleras interminables, por tortuosas calles, entre casas viejas, algunas ya caducas, ventrudas, desplomadas; unas veces debajo de arcos traveseros, que negrean en el horizonte; otras, por la boca de un gruesísimo muro con un portillo, que daba entrada a un sendero de estrechez fatídica y curvas conturbadoras. Aquí, toscas paredes cubiertas de un manto de alcázaras; allí, magníficos edificios de piedra picada, resquebrajados y en ruinas... El frontis de la antigua Universidad, derrumbada, convertida en un patio con arbolados verdeantes a través de los ventanales... El convento y la iglesia de Santo Domingo, venidos a manos incuriosas, pardos, decadentes, desportillados... Y venían subidas empinadas, y venían ramblas ásperas, pavimentadas con guijarros del Ter... Y aleros con canalones voladizos, con figuras de dragón... Y hornacinas de santos, con farolillos de llama tristonera y jarrones de flores resacas... Y escalones y más escalones, y, finalmente, la inacabable y empinada calle de las Donas. Solamente con frases incoherentes y desordenadas puedo dar idea de mis recuerdos de aquel trayecto.

Cuando nuestra cansada procesión, precipitándose en cascada por la empinada escalera de la calle de las Donas, alcanzó la plazuela de Correos, reparé que otras procesiones,



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

no menos tristes y macilentas, venían de la calle de Ciudadanos y de las cuatro esquinas de la calle de la Corte Real. El murmullo de rezos iba en aumento como el de una colmena alborotada. *Miserere, miserere nobis*. Y, aquí, allá, cerca y lejos, sonaban todavía las llamadas a las puertas, cada una de las cuales resonaba en mi corazón con un eco sepulcral, aterrador.

Cuando entramos por la larga y sombría calle de la Forsa, me di cuenta de que todos llevábamos cirios o hachas encendidos. ¿Quién nos los había dado? ¿Cuándo?... Su llamarada, derramando amarillos y vagos resplandores por la parte baja de las casas, hacía resaltar la negrura de las altas cimas y la oscuridad del cielo. Por los gestos de piedad, por los suspiros y el rezo más fervoroso del gentío, comprendí que nos aproximábamos al fin del peregrinaje. Todo el mundo presentía que se acercaba la hora suprema, aquella que pesa sobre todas las otras de nuestra vida.

Entonces la campana grande de la Catedral, que tantas alertas trágicas ha dado en Gerona durante las guerras y los aguaceros, dejó oír su ronquido armonioso y potente. ¡Boom!... Parecía que explotara la campanada en el mismo cielo que cubría nuestras cabezas; y, al difundirse la copiosa onda sonora y engolfarse por las estrecheces de nuestra calle con ánimo de dilatarse, sacudía las cristalerías de los balcones y nos inundaba de notas graves y palpitantes, a las cuales respondían, desde lejos, unos ecos finísimos, de vocecita como de violín. Pero, acto seguido, una nueva campanada... ¡boom!... lo ensordecía todo otra vez.

La procesión se había detenido, escuchando y contando silenciosa aquellos toques solemnes.

—Es toque de viático —dijo una voz.

—¡El último viático de Gerona! —exclamó otra.

La emoción que se pintó en todos los semblantes no la puedo describir; pero era una

emoción tierna; los ojos se llenaban de lágrimas, los brazos se levantaban al aire en actitudes deprecativas; de cada boca brotaba una jaculatoria.

—Jesús Redentor, Jesús Salvador.

—Jesús, Vos sois la salvación y la vida eterna. Quienes creen en Vos no morirán eternamente.

—Jesús, que habéis subido al Calvario para unirnos a nosotros, ayudadnos a subir al Calvario para unirnos a Vos.

—Yo me confieso con Vos, Padre de misericordia. ¡He pecado, he pecado!

Todos se daban golpes de pecho. Algunos confesaban sus pecados en voz alta. Yo, pobre de mí, me sentía más vil que nadie, pero no sabía cómo decir mis miserias, y lloraba y lloraba, dejando que las lágrimas hablaran por mí. Y la procesión volvió a ponerse en marcha. *Miserere, miserere nobis*.

Mientras tanto, roncaba bajo tierra un trueno pavoroso, profundo, poco perceptible. ¡Ah! La tierra estaba herida de muerte. Ya los pies no se afirmaban con confianza.

Con esta impresión desembocamos en la plaza de la Catedral, al pie de aquella grandiosa y altísima escalinata que sirve de peana al templo gigantesco. Nunca he visto en ningún lugar del mundo ninguna escalinata tan colosal. Es amplísima, toda de piedra picada, con balaustradas artísticas, cada pomo de las cuales sería carga pesada para un hombre fornido, y con grandes rellanos, la mayor parte de los cuales domina los tejados de las casas vecinas. Parece una obra hecha para seres más fuertes que los humanos. El espíritu se fatiga solo de concebir el intento de subirla.

Nosotros, pobres gerundenses del último día, nos apelotonamos por aquellos escalones y rellanos hasta que la multitud llenó toda la escalera. Yo estaba en el rellano del medio, cerca de un ángulo de la balaustrada. Y he aquí que se abrió la puerta de la Catedral y apareció, en medio de su coro de canónigos, el señor Obispo, el venerable doctor Sivilla... al-



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

to... con la cabeza blanca... pálido... luminosa la mirada... Avanzó hasta el reborde del escalón superior. Un silencio súbito se extendió por todas las bocas y extinguió sus suspiros.

—Hijos míos... hermanos míos —dijo el Prelado. Hablaba a tirones, con frases cortas, entre pausas, pero con pronunciación clara. No me perdí ni una palabra—. Hijos míos... veo que todos tembláis como yo mismo... ¿Quién no temblaría ante la Majestad de Dios, que se nos acerca? Pero confiemos... Es nuestro Padre... Conoce nuestra miseria... Nos ama hasta el suplicio... hasta la cruz. Arrepentíos de haberlo ofendido. Yo en nombre de Él, con toda seguridad... a todos los que me veis y a los ciegos, que están presentes... a todos los que me oís, y a los sordos, que están entre vosotros... a todos los que os arrepentís... en nombre de Él y del Padre y del Espíritu Santo, otorgo el perdón de los pecados. —Trazó con la mano una amplia cruz por el espacio. Seguidamente añadió:— Ahora os aplico la indulgencia plenaria. —Y volvió a bendecirnos. Y, cayendo, después, de rodillas, alargando los brazos hacia nosotros, con voces de súplica fervorosa clamó:— Santos de Cristo, Santos de Cristo, ¿me perdonáis vosotros?

¡Oh, Dios mío! ¿Qué corazón no iba a romperse? ¡Nosotros perdonar a nuestro Obispo!... ¿De qué? Oh, sí, de lo que supiéramos y de lo que no supiéramos, de todo lo perdonábamos y de corazón lo bendecíamos. Y, llenos de una emoción sagrada, nos abrazamos unos a otros, cada uno al que tenía más cerca; yo, a un hombre barbirrojo, que me estrechó contra su pecho y me imploró como si fuera su confesor: «¿Me perdonas?». Y ciertamente, yo, muchacho de doce años, asumí la representación de toda la estirpe de Adán, y, en nombre de toda la humanidad, lo perdoné.

Ya casi no tenía miedo. Mi espíritu sublimado por una fe segura y una firme esperanza de gloria eterna, se sobreponía a los espantos y pesadumbres del instinto. Mi agradecimiento, como el de los mártires, hambreada de sufrir por amor a Jesucristo.

Mis pecados clamaban penitencia. Miré por entre las columnitas de la balaustrada, y vi que las casas del fondo de la plaza ondeaban como un paño sacudido por el viento. Y... ¿qué os diré?... Me parecieron banderas que glorificaban a mi Dios todopoderoso. Pero no puse atención mucho rato. El mugido armonioso del órgano de la Catedral atrajo mis miradas hacia la puerta del templo.

Estaba saliendo el último viático de Gerona. Venían delante, como de costumbre, los músicos, tocando sus fagots y trompetas; después, en dos filas, con hachas en la mano, los obreros de las parroquias, los diáconos, con sotana y sobrepelliz; los clérigos, cubiertos de mantos; los canónigos, con hábitos de seda y valonas de armiño... Los arregladores, revestidos de capas doradas, marchaban en medio ceremoniosamente, sin ir y venir como suelen hacer, ni cuidarse de vigilar, sino tranquilos, absortos en sus pensamientos, marcando acompasadamente el paso con los cetros de plata que retiñían sobre las losas. Y he aquí que se acerca el Santo de los Santos, clemente y convidador. Una humareda blanca... cuatro sacerdotes que blanden incensarios... Bajo palio, un tabernáculo con doce grandes copones de oro... y, detrás, el señor Obispo con sus acompañantes, que llevan el cayado, la mitra, los santos Evangelios y el cojín.

Todas aquellas cabezas temblaban, pero, de santa emoción, no de espantos terrenales. Era un aire de eternidad lo que los espeluznaba.

Y tan pronto como el señor Obispo apareció en el umbral de la puerta del templo, la procesión se detuvo en seco, y, tras un breve silencio, que los corazones no se atrevieron a contar con sus latidos, brotó a la vez, de todas las bocas, el cántico majestuoso del *Te Deum laudamus*. Todos los que sabíamos el himno litúrgico lo cantábamos... ¡y con qué entusiasmo!... ¡con qué alegría inefable dentro del alma! Los cabellos se erizaban... El espíritu se dilataba por el espacio... Y, mientras tanto, las calles de Gerona caían en filas, como



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

las cartas dobladas que los niños ponen una detrás de otra y hacen caer de un sople. Todo se desbarataba con un ruido sordo: casas, torres, murallas... Al pie de nuestra escalinata ya no quedaba más que un despeñadero de escombros, por entre los cuales se precipitaban en cascada las aguas del Ter y del Oñar. Todo crujía, todo se hundía... Mas nosotros presentíamos la beatitud y cantábamos, cantábamos triunfantes, cada vez más templados y más serenos.

* * *

Cuando me desperté, el sol bañaba mi cuarto de estudiante y el canario gorjeaba por la casa, seguramente en el comedor. ¡Ah! Las cosas de este mundo se ajustan tan bien a nuestra naturaleza, y nuestros sentidos son tan ávidos de ellas que no pude sino experimentar una bella satisfacción al reencontrarlas tan firmes y tan plácidas; pero, por otra parte, me pesaba que mi sueño no hubiera sido algo real. ¡Había visto ya tan segura mi salvación!

Y pensé: «Este mundo ciertamente es bonito, pero no es más que una careta, y todo eso que tanto nos gusta es la sonrisa del rostro hermoso que hay detrás. ¡Pues, cuando caiga la careta y contemplemos el rostro al

descubierto, seguro que disfrutamos más que ahora! Y es el rostro de un ser que nos ama, dulce, bondadosísimo; y este ser nos quiere unir a Él; y la Iglesia vela maternalmente por facilitárnoslo a cualquier hora. ¿Por qué tenemos que inquietarnos, pues? ¿Por qué no tenemos que vivir bien descansados, ocurra lo que Dios quiera?».

He aquí cómo quedaron sanadas mis manías sobre el fin del mundo: presenciándolo. Nunca más me volvió a preocupar.

Los incrédulos se ríen de los terrores que tanto ruido hicieron a veces en la Edad Media, y yo, que los he sufrido en mi tiempo, también me río de ellos. Pero aquellos los atribuyen a la excesiva fe y yo, a la poca esperanza. Ellos, infelices, buscan la tranquilidad cerrando voluntariamente los ojos, y a mí me parecen como si fueran avestruces, que hunden la cabeza en la arena del desierto para librarse de las visiones que los asustan. Quiéran o no, mi sueño, en su parte más esencial, es una realidad de cada día. Cada día viene para alguien el fin del mundo. Cada día llega para alguien el último viático. Y cuando veo pasar alguno, no puedo sino recordar mi sueño infantil y, cayendo de rodillas, suplico por el pobre enfermo: «Dios mío, ¡que no lo pilléis perturbado!».

Gian Fontana

La Luna trastornada

Traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la traducción, 2019

Ya me había puesto bien cuando pude ir un domingo con mi padre al pueblecito de Perdatsch. Era un domingo de agosto del año del Señor mil novecientos y pico.

Ese día estaba yo más agitado que una pulga en un fanal. Era fácil de entender, porque se contaban tantas cosas de Perdatsch y su gente que hasta a una vieja le habría despertado la curiosidad y, ¿cómo no habría de ocurrirle lo mismo a un chico como yo, que metía las narices en todo? Perdatsch es el último pueblo del mundo, decían los ancianos. Más lejos no se puede ir, porque allá hay una alta pared de tajo, detrás de la cual no había estado nadie. Aquello era el fin del mundo. Me figuré cómo haría estremecerse a uno llegar hasta allí. Y allí tenía la esperanza de poder ver quizás entre las ramas cómo se presentarían las cosas al otro lado de la pared. Me figuraba ver todo lo posible y lo imposible.

Es más. La gente de Perdatsch era la que había condenado a un quebrantahuesos a la muerte más cruel. Habían cogido uno vivo. De qué manera no lo sabe nadie, solo los de Perdatsch. Habían encadenado el ave magnífica a un arcón, y los de Perdatsch la rodeaban, pequeños y grandes, hombre y mujeres, y estiraban la cabeza para poder ver bien al ladrón de corderos y cabritos y gallinas, y hasta de niños. Unos aprietan los dientes y otros los puños. Entonces llega el alcalde y se celebra el juicio. Ahí se desata otra riña. Todos y cada uno pretenden saber mejor que nadie qué tipo de muerte sería la más cruel. Uno quiere ahorcarlo, otro asarlo vivo al fuego, un tercero atarlo a un poste y dejarlo desecar al sol. Aquello hierve de propuestas. Dos de ellos llegan incluso a las manos y se pegan que corre la sangre. ¡Así de obstinados son los de Perdatsch! Finalmente se toma la decisión de arrojar al águila al vacío desde el precipicio

más alto. Esta debía de ser la muerte más espantosa para él. ¡Dicho y hecho! ¡Y todos los quebrantahuesos quedaron muertos de miedo!

Ahora se entiende cómo debía ser mi agitación por poder ir con mi padre a Perdatsch.

Entonces mi padre echó mano de su bastón de nogal. Era un bastón curioso, con un buen trozo de leño como empuñadura, en el cual había tallado una cara risueña con una gigantesca nariz aguileña y perilla. Era para desternillarse de risa. Y mi deseo más ferviente en aquel tiempo era poseer alguna vez un bastón parecido. Pero me debía contentar ese día con uno mucho más sencillo, adornado únicamente con el calendario de mis días de guardia.

El sol no había salido todavía por el pico de Platt'alva cuando nos pusimos en camino. Pronto llegamos al bosque y hay que ascender. El camino pedregoso serpentea sin fin. Atraviesa entonces una garganta temible. El agua gorgotea y borbota y se estrella, precipitándose por remolinos profundos. ¡Qué vorágine y qué estruendo! Un puente estrecho lleva al otro lado y nos encontramos en el término de Perdatsch, aunque todavía a un buen trecho del pueblo, que se extiende en lo alto, en un hermoso llano atravesado por el torrente. Llegamos a la altura hacia mediodía. En la lejanía, bajo nosotros, se ve el valle con sus campos amarillos como retazos en medio de los prados verdes y con sus bosques sombríos. Por aquí todo es duro y salvaje, tan salvajes y ariscas son las montañas que se tiene la impresión de que quisieran echarse abajo de un momento a otro. Y entre ellas se ve el pueblo tranquilo, rodeado de los prados más verdes que se pueda imaginar. Las pocas casas, tostadas por el sol, se acurrucan en torno a la iglesuela.



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

Pero el pueblo parece estar hoy en ebullición. La campana toca a rebato y los roquedos devuelven una y otra vez su tañido. Las llamadas de socorro van y vienen. ¿Qué ha ocurrido? El arroyo corre claro y apacible, no se ha salido de madre en ningún sitio. Las montañas no se mueven. No se ven ni fuego ni humo.

Nos damos prisa por llegar. Ya estamos allí. Todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, se apelotonan junto a la iglesia. Todos están pálidos como muertos y miran hacia el cielo con la boca abierta. Unas cuantas mujeres están de rodillas, y lloran y rezan como si fuera el Juicio Final. Nadie se da cuenta de nuestra presencia. Los hombres han abandonado las pipas. Brazos se tienden desde la multitud. ¿Qué significa esto?

Mi padre agarra a uno y le hace una pregunta. Es como si se despertara de un sueño terrible. Nos mira como ausente. Entonces levanta el brazo y señala hacia el oeste: «¡La Luna!»

En verdad, ahora la vemos también nosotros, una Luna amarilla y pálida, que parece tener cola. Se mueve entre las cumbres y se mueve —¡pero eso es imposible!—, se mueve hacia el este. Mi padre sacude la cabeza, incapaz de entender. Pero, con todo, es verdad. Lo vemos con nuestros propios ojos. Se acerca al sol, que sigue tranquilamente su rumbo ordinario. La Luna avanza con una rapidez espantosa. ¿Se ha trastornado el mundo? ¿Se ha desorientado y perdido la dirección? Estas preguntas y otras mil abruman a la gente con todo su peso. Uno explica: «Esto significa guerra y peste. Así está escrito en antiguos libros».

«No —grita una mujer llena de desesperación—. Es el fin del mundo si la Luna cambia su rumbo. ¡Haced penitencia, porque el espantoso fin ha llegado!». Y cae de rodillas, suelta los cabellos y rueda por el suelo como si hubiera perdido la razón. Y otras la imitan chillando que se hiela la sangre.

Me pueden creer: aquel no fue un momen-

to agradable para mí. Estaba hecho un manojo de nervios y habría dado cualquier cosa por estar bien lejos de Perdatsch. No me llegaba la camisa al cuerpo del miedo y la angustia.

Justo entonces grita un muchacho harapiento con voz gélida: «¡Eh, mirad, la Luna está allá abajo!» Y señala hacia el sur.

¡Y es verdad! Allí está ella, en cuarto menguante, se ve blanca en el cielo y sigue su camino tranquilamente.

Pero eso no hace sino aumentar la agitación.

—¿Entonces hay dos Lunas a la vez?

—¿Y si chocan?

—No, eso es un cometa con su cola de vapores ardientes. ¡Mirad cómo es rojo igual que el fuego y la sangre!

—¡Fuego y sangre! ¡Huid, huid; no caigáis en la perdición del infierno!

—Y es cada vez mayor. Ahora es como dos Lunas. ¡Dios nos asista!

—¡Mirad, mirad, cae sobre nuestro pueblo!

Y así parecía ocurrir. El terror llega al colmo. Una mujer cae por tierra sin conocimiento. Solo se oye gemir, los gemidos de la muerte.

Pero ese cometa misterioso no cae sobre el pueblo. Si bien se aproxima rápidamente al suelo, desaparece tras los picos. Todos retienen el aliento, porque en cualquier momento se ha de oír el choque horrendo que disloca las montañas y la tierra.

Sin embargo, todo sigue en calma. Los pájaros surcan el aire y cantan, también cantan los grillos en los prados y las abejas zumban, exactamente lo mismo que otros días.

Al fin, la muchedumbre se pone en movimiento. Todos corren hacia las alturas, con el muchacho harapiento en cabeza.

Y, ¿qué vemos allí? Entre los abetos brilla una tela amarillenta.

—¡Un globo! —exclama el muchacho y corre tan rápido como le permiten las piernas.

¡Es verdad! No es sino un globo lo que ha hecho cundir tanta angustia. Pero, ¿cómo iban a saber los de Perdatsch nada de su existencia?



Anticiencia ficción: cuatro apocalipsis erróneos

Y tres hombres saltaban de la canastilla.

No necesito decir lo mal que se sintieron los de Perdatsch.

Pero, tras haberlo reflexionado bien, ayudan a destruir esa «invención del malo», y dos de ellos uncen sus bueyes y transportan todo al valle, donde vive la gente que ya no deja que se manifieste misterio alguno.

También nosotros regresamos a casa sin haber visto yo la pared que marca el límite de nuestra tierra.

El año pasado volví a Perdatsch. Muchas cosas habían cambiado en estos veinte años. Un bonito camino nuevo atraviesa el bosque. Y en lo alto me saluda una hermosa casa, y me cruzo con forasteros, vestidos como la gente de la ciudad. Perdatsch se ha convertido en una pequeña estación balnearia y esa casa

pertenece a Gion Tumasch, el muchacho de la voz gélida de aquellos años. Nos sentamos juntos en su salón y él habla de los viejos tiempos. Por supuesto, también sale a relucir en la conversación la historia del globo. Entonces se echa a reír de corazón y dice:

—Sí, ¡y bien trastornada tuvimos esa Luna! ¡Y algunos de nosotros, los viejos, también hemos estado después algo trastornados!

Pero en la pared de su salón cuelga un cuadro en el que figuran el globo y, debajo, la leyenda:

«*Anno domini* 19..., el 15 de agosto
se posó aquí, volando desde Zúrich,
el globo Helvezia
con sus tres pilotos:
A. Tobler, J. Schnebeli y F. Girardon».